

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

FUNERAL POR UN CANALLA



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

FUNERAL POR UN CANALLA

Colección ¡KIAI! n.° 40
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

35 — *La estrella de Lorna Mill,* Clark Carrados.
36 — *El signo del alacrán,* Curtis Garland.
37 — *Un placer a su alcance,* Ralph Barby.
38 — *Los cruzados amarillos,* Curtis Garland.
39 — *Kung-Fu por una rubia,* Peter McCoy.

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 26.213 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: setiembre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN».

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El funeral había terminado con las últimas palabras del pastor: «Yo soy *la resurrección y la vida*...» Una mano trazó en el aire el signo de la cruz y luego se dirigió hacia la enguantada en negro de la única asistente a la ceremonia; una muchacha alta, delgada, enlutada de pies a cabeza y con el rostro cubierto con un velo negro, el que ocultaba, también, el áureo brillo de su frondosa cabellera. Después del saludo, el clérigo se retiró y la muchacha quedó a solas con los sepultureros.

Casi oculto por un ciprés cercano, Budd Baxter contempló la extraña escena. Le parecía sumamente raro el entierro que sólo tenía un asistente, el único familiar del difunto, a juzgar por lo que estaba viendo.

Los sepultureros arrojaban, rápidamente, paladas de tierra a la tumba. La chica de luto, quien sostenía con sus manos un ramito de flores, contemplaba en silencio la operación. Baxter se dio cuenta de que no había ninguna lápida preparada; ni siquiera una sencilla cruz de madera. Tal vez, calculó, la muerte se había presentado con demasiada rapidez. Más adelante, colocarían la cruz o la lápida.

En realidad, Baxter abandonaba ya el cementerio cuando pasó junto a aquel lugar. La curiosidad le había hecho detenerse. Aquella muchacha solitaria junto a la tumba del ser querido, había llamado extraordinariamente su atención. Por ello, como no tenía prisa, había querido quedarse a presenciar el final de la ceremonia.

Los sepultureros arrojaron las últimas paladas y alisaron presurosamente la tierra. Uno de ellos habló brevemente con la chica y luego se marchó, en unión de su compañero. Ella quedó, todavía, junto a la sepultura. De pronto, cuando alargaba ya las manos, para dejar caer las flores, se produjo un incidente absolutamente insólito.

Seis personas, cinco hombres y una mujer, aparecieron como surgidos de la tierra. Caminaban en fila, y se detuvieron un instante frente a la muchacha. Baxter captó el gesto de sorpresa que hizo ella al ver a los seis recién llegados.

El primero era alto, delgado, de cara chupada. Detúvose un instante junto a la tumba y escupió despectivamente. Baxter abrió la boca, atónito.

El segundo, recio, fornido, de anchos hombros, hizo lo mismo y también el tercero, un tipo afeminado y relamido. El cuarto, sujetaba con los dientes una colilla de puro y la lanzó con la lengua sobre la

tierra recién apisonada. Luego, con el tacón del zapato, retorció la colilla, mientras miraba a la chica y sonreía perversamente.

El quinto parecía una bolita de grasa, con otra bola menor, que era su cabeza, sostenida por dos patitas de alambre. También escupió.

La mujer intervino en último lugar. Era estrepitosamente rubia, tanto, que su pelo casi parecía blanco. Baxter le calculó irnos treinta y cinco años, bien cuidados, con un cuerpo de exuberantes contornos. Pero en sus ojos oscuros había un odio insano.

Inclinándose hacia adelante, escupió tres veces seguidas. Luego, con pupilas llameantes, se encaró con la chica.

—Este es el funeral adecuado para un canalla que se llamó Alfred Culver. ¡Canalla, canalla, canalla...! —jadeó.

De repente, se oyó un agudo grito.

Baxter volvió la cabeza. Una mujer, joven, bien parecida, corría hacia aquel lugar, con el rostro demudado por la indignación.

— ¡Miserables hijos de una mula sarnosa! —gritó—. Ese hombre pudo haber sido, en vida, un canalla, pero ahora está muerto..., y a los muertos se les respeta, por malos que hayan sido…

La joven cayó sobre la rubia y le arreó un soberbio mamporro que la tiró al suelo, con las piernas por alto.

Se oyó un chillido de rabia y de dolor. El hombre fornido corrió hacia la recién llegada, con intenciones poco amistosas. La joven se revolvió hacia él.

— ¡Atrévase a tocarme! —dijo, belicosamente—. Especie de sapo, trate de rozarme siquiera y verá cómo responde Nellie Stoddard a un cobarde asqueroso como usted.

La joven hablaba, con la mano derecha apoyada en el bolso que pendía del hombro opuesto. El tipo fornido se detuvo en seco, mientras dos de sus acompañantes ayudaban a levantarse a la rubia opulenta.

—Señora, usted no sabe qué clase de tipo fue Alfred Culver...

—Ahora está muerto y no puede defenderse. Si les hizo daño, ¿por qué no le atacaron en vida? Tal vez entonces eran tan cobardes como ahora, ¿verdad?

Un hombre se acercó a la pareja y agarró el brazo del otro.

—Vamos, Burt —murmuró—. No merece la pena que sigamos aquí un minuto más. Ya le hemos hecho a Culver el funeral que se merecía.

—Sí, será mejor que nos marchemos.

Nellie Stoddard se acercó a la chica de luto.

—Lo siento de veras —dijo, afectuosamente. La otra suspiró.

—Quizá ellos tenían razón —contestó, con acento melancólico —, Pero era mi padre y yo le quería.

—Un padre siempre es un padre, por muchas cosas malas que

haya podido hacer. Y, aparte de que nadie en este mundo es perfecto, todos estamos hechos de barro pecador. Señorita...

—Culver, Diana Culver.

—Soy Nellie Stoddard, creo que ya lo ha oído. Si necesita algo de mí, me hospedo temporalmente en el Waldorf. ¿Quiere que la lleve a su casa?

—No, gracias; me espera un coche.

—Como quiera, Diana —Nellie Stoddard sonrió ampliamente— Animo, muchacha; usted es joven y tiene todo el mundo por delante. No se deje desanimar por una cosa que no es sino producto de un resentimiento bastardo.

—Gracias, señora Stoddard...

—Señorita, pero llámeme Nellie. Bien, si no necesita de mí, me iré. Tengo un compromiso importante y no puedo abandonarlo. ¡Adiós, chiquilla; sea valiente!

Baxter empezó a pensar en abandonar el cementerio. Nellie se alejaba ya, con paso largo y elástico. Era una joven fornida, pero esbelta; de rostro no demasiado agraciado, aunque con una expresión que le confería un atractivo singular, en la que el físico tenía poco que ver. Si se alojaba en el Waldorf, pensó Baxter, era una mujer con dinero, pese a la aparente modestia de su indumentaria.

Luego, su mente volvió al difunto. ¿Qué había hecho, en vida, Alfred Culver, para que seis personas le dedicasen el más extraño de los funerales?

Tal vez Denis Gray, el director de la Digest Press, agencia de la cual era propietario, pudiera darle algunos informes al respecto.

* * *

Pero Gray no pudo satisfacer su curiosidad.

—No hay nada de Culver en los archivos —dijo, aquella misma tarde.

—Hombre, Denis...

—Budd, tú te crees que nuestros archivos son los del FBI y eso no es cierto. Lo más seguro es que Culver haya sido un tipo sin relieve...

— ¿Sin relieve? ¡Seis personas fueron a escupir en su tumba!

— ¿Y qué? Seguramente, eran unos cobardes, que no se atrevieron a atacarle en vida, pero quizá tenían toda la razón del mundo. Además, ¿qué diablos hacías tú, en el cementerio? Siempre pensé que ese sitio te causaba alergia —dijo Gray, irónicamente.

—Era el aniversario de la muerte de la abuelita. Mamá me encargó que le llevase un ramo de flores.

— ¡Oh! —dijo Gray. Sabía que los padres de Baxter residían en la soleada California, al otro lado del país—. Dispensa...

—No tiene importancia. Pero mira a ver si puedes conseguir algo de Culver. Es un caso que ha atraído mi curiosidad, ¿comprendes?

—Haré lo que pueda, Budd.

Baxter cortó el contacto y la imagen de Gray se borró de la pantalla del televisor. Durante unos segundos, permaneció inmóvil, meditando sobre todo lo que había presenciado aquel mediodía. Luego se dispuso a abandonar el que llamaba cuarto de comunicaciones, una estancia secreta instalada en el lujoso ático en que residía y de la que poquísimas personas tenían noticia.

El cuarto de comunicaciones disponía de línea privada de televisión, que le enlazaba con la dirección de la agencia de recortes de prensa de la que era propietario, fundada ya hacía algunos años, y ahora dirigida por Denis Gray, hombre de toda su confianza. Baxter había hecho instalar los aparatos, tanto de comunicaciones como de grabación de audio y video, todos ellos ultramodernos, de sofisticada construcción, de tal modo que el cuarto parecía la cabina de mando de una astronave, en una película futurista. Era un procedimiento que le evitaba movimientos innecesarios.

La agencia se dedicaba a recortar cuantas noticias, impresas y gráficas, aparecían en

periódicos y revistas, referentes a celebridades de toda clase y a las que interesaba conocer cuánto se decía acerca de ellos y sus actividades. Era una empresa ya prestigiosa, con millares de abonados, lo que requería un buen número de empleados, aparte de las computadoras y bancos de memoria, que almacenaban a diario millares de datos de todo género. Pero, naturalmente, había infinidad de personas cuyos nombres y circunstancias escapaban al archivo de la agencia. Alfred Culver, se dijo Baxter, había sido uno de ellos.

Cuando salía, oyó un agudo grito:

— *¡Kiai!*

Alguien saltó casi dos metros en el aire, con el pie derecho adelantado, en busca de su mandíbula. Era una figura de *Tae-kwondo* o *karate volador,* que, de haber sido culminada, habría quebrado sin dificultad los huesos del mentón. Pero cuando la puntera de aquel zapato estaba ya a medio palmo del objetivo, dos manos se alzaron vertiginosamente en el aire y golpearon la pierna, de abajo arriba, haciendo que el atacante diera una voltereta sobre sí mismo.

El atacante, sin embargo, cayó como un gato, de pie. Durante un segundo, su espalda quedó indefensa. Baxter cayó sobre él y le hizo una doble llave Nelson.

—Me rindo —dijo Tim Koye.

Baxter lo soltó. Koye se volvió y ejecutó una reverencia.

—Es imposible sorprender al que siempre está alerta —dijo.

—Aun el que siempre está alerta, puede ser sorprendido, si baja su guardia por un instante —contestó Baxter, tras otra inclinación no menos profunda—. Y tú has estado a punto de conseguirlo, Tim.

—Observo cierta preocupación en el señor —dijo Koye, criado de Baxter desde hacía años—, ¿Algo grave, señor? ¿O mi curiosidad hiere su discreción?

—No hay heridas en mi discreción, ni se trata de nada grave. Es... simplemente, que me siento un tanto intrigado por el más extraño funeral que he presenciado en los días de mi vida. El funeral por un canalla, Tim. Seis personas que, posiblemente, no se atrevieron a atacar al difunto ni siquiera de palabra cuando estaba vivo, fueron hoy a escupir sobre su tumba.

— ¡Caramba, señor; eso es muy fuerte! —exclamó el criado—. Además de poco digno, claro,

—Tim, el resentimiento y el odio pueden conducir a las personas a la realización de actos que a los demás parecen incomprensibles —dijo Baxter, sentenciosamente—. Quizá el muerto fue un verdadero canalla para esas seis personas..., aunque también pienso que los salivazos lanzados sobre la tumba iban, acaso, dirigidos a la hija del muerto, única asistente hasta esos instantes, a la ceremonia.

Hizo una pausa y sonrió.

—Esta noche tengo un compromiso —agregó.

—El baño está preparado, señor —informó Koye.

—Muy bien, Tim. No sé a qué hora volveré, así que no me esperes levantado.

—Bien, señor.

Koye era el prototipo del criado fiel, discreto y eficiente, conocedor de los más insignificantes Secretillos de su amo, pero mudo como una pared de mampostería ante los ajenos. Habilísimo practicante de las Artes Marciales Orientales, en las que Baxter era un maestro consumado, solía realizar con él inesperados entrenamientos, con ficticios ataques, de todas las clases y en todas las posiciones, aunque el joven acudía también con cierta frecuencia a un acreditado gimnasio, especializado en tales tipos de combate personal. Precisamente porque conocía bien a su amo, Koye había sabido advertir en él la preocupación causada por la insólita escena presenciada en el cementerio.

Y Koye sabía lo que Baxter acabaría por hacer: investigar sobre los motivos que habían impulsado a seis personas a realizar tan extraño funeral sobre la tumba de un muerto. A Baxter le gustaba actuar en casos raros, fuera de lo común, sin que nadie le llamase, meramente por afán de justicia y sin que el lucro entrase en sus intenciones, como móvil principal.

Koye estaba seguro de que su amo desentrañaría el misterio que

suponía aquel insólito funeral por un hombre calificado de canalla.

CAPÍTULO II

En ocasiones, Tim Koye también se equivocaba con respecto a su amo. Baxter había acudido a una sencilla fiesta familiar, en casa de un amigo, y no a una entrevista muy privada, con alguna hermosa mujer. Después de la cena y de un agradable rato de conversación con sus anfitriones, Baxter se despidió de ellos.

Para no molestar a su criado, había decidido no usar su propio «Cadillac». Aunque tenía un «Mercedes» 350 S. L. coupé*, aquella* noche no sentía deseos de tomar el volante, por lo que hizo el viaje en un taxi. Rechazó la oferta de su amigo, que quería llevarle a casa en su propio coche, y decidió caminar un rato a pie, gozando de la agradable temperatura de la noche. Anduvo sin prisas durante unos minutos, hasta que, de pronto, dos tipos mal encarados surgieron de un lugar oscuro, situado entre los jardines de dos casas residenciales.

Uno de los tipos llevaba en la mano derecha una corta cachiporra y la hizo restallar suavemente contra la palma de la mano opuesta. El otro, ostensiblemente, sacó una navaja de resorte y empezó a limpiarse los dientes con la punta del acero.

—El chico parece un Banco ambulante —dijo el de la matraca.

—Viste bien y debe de llevar un reloj de los caros —especuló el otro sujeto.

—Parece un maniquí. ¿De dónde has salido, bonito?

Baxter contuvo una sonrisa. Era un hombre joven, de mediana estatura y aspecto corriente, aunque ahora, por vestir traje de fiesta, no parecía el oficinista que muchos creían que era, al verle por primera vez. El pelo castaño y la complexión aparentemente normal, engañaban a todo el que no le conocía. Más de uno había lamentado, después de un encuentro con Baxter, haber errado en sus apreciaciones.

—No importa de dónde ha salido, tú, sino lo que va a salir de sus bolsillos —dijo el de la navaja.

El de la porra alargó la mano izquierda.

—Vamos, niño, la «pasta» —pidió.

—Ven a por ella, si eres valiente —le desafió Baxter.

El hampón se volvió hacia su compinche y soltó una risita.

—Los inconscientes me dan pena —dijo.

—Le sacaré de su error —gruñó el navajero, a la vez que daba un par dé pasos, con la mano extendida hacia adelante.

La punta del acero rozó la almidonada pechera de la camisa de Baxter. Repentinamente, sin saber cómo, el ladrón se encontró volando por los aires.

Se oyó un grito, seguido de un golpazo. Baxter no se volvió siquiera para mirar a su atacante, seguro de haberle inutilizado el tiempo suficiente para enfrentarse con su compinche. Pero también, pese a su habilidad, podía cometer errores. Creyó que el de la porra cargaría contra él, a fin de golpearle en la cabeza, pero no fue así.

La matraca partió silbando, como un proyectil lanzado desde tres metros de distancia. El impulso era fortísimo y Baxter apenas si tuvo tiempo de ladearse un poco, para evitar el impacto en pleno rostro. La cachiporra le alcanzó en el hombro y le hizo girar violentamente sobre sí mismo, para caer al suelo, un segundo después.

Se oyó un gruñido de alegría.

—A mí me vas a enseñar tú, trucos de Artes Marciales —dijo el atracador, a la vez que se arrojaba contra Baxter.

Pero antes de que pudiera ponerle las manos encima, se oyó una voz imperativa:

— ¡Quieto ahí, maldito hijo de un coyote y una mula llena de garrapatas! ¡Quieto, o enviaré tus sesos a lo alto del Empire State!

El ladrón se quedó atónito. Baxter, todavía en el suelo, apoyó las manos en el asfalto, para levantar mejor la cabeza y ver a la mujer que acudía en su ayuda de forma tan inesperada como original.

En la mano de la mujer lucía un descomunal «Colt» de seis tiros, cuyo cañón aparecía encarado directamente al pecho del atracador. Este perdió el color, no tanto por la vista del arma, sino porque apreció que la mano que la empuñaba se mantenía con una granítica firmeza.

Entonces, atónito, Baxter reconoció a Nellie Stoddard.

* * *

Los hampones se habían marchado. Nellie, con la estola de armiño caída descuidadamente sobre el desnudo brazo izquierdo, volvió el «Colt» al bolso de donde lo había extraído.

—Nos vimos hoy en el cementerio —dijo.

Baxter se frotaba el hombro izquierdo, todavía dolorido por el impacto de la cachiporra.

—Así es, señora —admitió—. ¡Oiga, ese revólver da miedo con sólo mirarlo...!

Nellie soltó una alegre carcajada.

—Más miedo da cuando se dispara de veras —dijo.

— ¡Ah, es auténtico...!

—Perteneció a mi bisabuelo y funciona tan bien como el día en que salió de la fábrica del coronel Colt, hace ya cien años. Es un

«cuarenta y cinco», con cuatro muescas en su culata. Los indios, por supuesto, no se cuentan..., como se decía entonces.

—La bisnieta de un *gun-man.*

—El fundador del Circle S. 7 no sacó, jamás, el arma de la funda si no era en legítima defensa, puedo garantizarlo —dijo Nellie—. Por cierto, no nos conocemos aún...

—Me llamo Baxter, Budd Baxter, señora Stoddard...

—Señorita —puntualizó ella—, Y me alegro infinito de haberle salvado de un grave aprieto.

—Y yo agradezco tan valiosa como inesperada ayuda —contestó él—. Pero, si no recuerdo mal, creo haberle oído decir este mediodía que se hospeda en el Waldorf.

—Así es, en efecto; sólo que vine a una entrevista y no encontré a la persona con la que estaba citada. He llamado unas cuantas veces, y no he recibido la menor contestación, de modo que lo mejor será que me vuelva a casita.

Baxter contempló unos momentos a la joven, robusta y de firmes curvas, aunque de notable esbeltez, debido a su elevada estatura. Nellie, calculó, ofrecía aquel resplandeciente aspecto, al que era ajeno por completo el lujoso traje de tejido de plata que vestía, debido a una vida pasada, casi de continuo, en contacto con la naturaleza.

Luego miró un instante hacia la casa, situada en el centro de un espacio ajardinado, con abundancia de césped. Las luces estaban completamente apagadas.

—No parece que haya nadie, en efecto —convino—. Señorita Stod...

—Nellie, por favor —indicó ella.

—Bien, Nellie, el caso es que yo vine en un taxi, por lo que tendré que llamar a otro, para poder acompañarla. Si me lo permite, claro.

— ¡Oh! Yo tengo, ahí, mi coche...

En aquel instante, con el rabillo del ojo, Baxter vio un chispazo en la casa.

—Oiga, creo que hay gente allí —interrumpió a la joven. Nellie frunció los labios.

—Ese tipo ha sido capaz de no querer recibirme —dijo,

—Pero estaban citados...

—A decir verdad, yo le dije que vendría a verle —declaró ella—, Y le veré, se lo aseguro.

—Bien, en tal caso, me iré —sonrió Baxter—. Nos veremos otro día, Nellie.

— ¡Oh! La entrevista será corta. Aguárdeme, ¿quiere?

Nellie echó a andar, con paso firme, a lo largo del sendero central que conducía a la casa, en la que de nuevo se veían las luces

apagadas. Baxter quedó junto a la acera, disponiéndose a fumar un cigarrillo para entretener la espera.

De pronto, oyó un leve grito.

— ¡Budd, venga! —llamó Nellie.

Baxter echó a correr. Cuando llegó a las inmediaciones de la casa, advirtió que la joven se hallaba junto a una de las ventanas, cuyo antepecho se hallaba situado a metro y medio del suelo.

Las cortinas se hallaban corridas por completo, aunque no tanto que no dejasen una rendija, lo que permitía ver buena parte del interior de la casa. En la habitación a que correspondía aquella ventana no había luz, pero sí en una pieza interior. El escaso resplandor que llegaba era suficiente, sin embargo, para ver el cuerpo de un hombre caído en el suelo. Bajo su cabeza se veía una extensa mancha oscura, de inequívoco significado.

— ¡Está muerto! —exclamó Nellie.

—Sí —confirmó Baxter, al observar la completa inmovilidad del caído. Inspiró con fuerza y añadió—: Me ocuparé de llamar a la policía.

* * *

—No, yo no conocía al muerto, ni lo había visto en mi vida —dijo Baxter una hora más tarde, al ser interrogado por el sargento de la policía encargado del caso—. A quien sí conocía, aunque ese conocimiento se inició hoy, es a la señorita Stoddard. Ella me dijo...

Baxter contó todo lo que sabía. Cuando terminaba, apareció el forense.

—Proyectil calibre treinta y ocho, cuyo impacto ha alcanzado la médula, al nivel de la primera vértebra cervical. Muerte instantánea —informó escuetamente.

—Vamos, lo que vulgarmente se llama un tiro en la nuca —dijo el sargento.

—Exacto. Bien, Mike, mañana tendrá mi informe completo —se despidió el forense. Baxter respiró aliviado. Íntimamente, había llegado a temer que fuese Nellie la autora del asesinato y que se hubiese aprovechado de la ocasión para proporcionarse una especie de coartada que eliminase una acusación, pero la declaración del forense desvirtuaba sus sospechas. Nellie tenía un «45», mientras que la bala que había causado la muerte al dueño de la casa era de calibre 38.

Sin embargo, no comprendía los motivos de la muerte. Claro que el sargento O’Dane tampoco los entendía.

Un agente de paisano entró, en aquel momento.

—Sargento, ya hemos averiguado qué hacía el difunto —dijo—. En vida fue guardaespaldas de Alfred Culver. ¿Le suena ese nombre?

O’Dane torció el gesto.

—Un poco —contestó—. Ayer enterraron a Culver, mañana enterrarán a Haddock...

—Un momento —exclamó Baxter—, Han mencionado el nombre de Culver.

—Sí, en efecto —admitió O'Dane—. ¿Lo conocía usted?

—No. Por casualidad estuve ayer en el entierro de Culver. Claro que no acudí al cementerio a propósito, sino que presencié el final de la ceremonia, cuando ya me marchaba. Vi a la hija y...

—Yo sé dónde vive, y ahora mismo iré a interrogarla —aseguró el sargento—. Bueno, no quiero molestarle más, señor Baxter; ya le citaremos para que haga una declaración en regla.

—De acuerdo, sargento, pero se me ocurre una idea. Si Culver ha muerto y su guardaespaldas ha sido asesinado, ¿no hay peligro de que a la hija...?

O'Dane hizo un gesto negativo.

—No lo creo. Por lo que sé, ella estuvo siempre alejada de los negocios de su padre —contestó—. Lo que ha pasado es, sencillamente, un ajuste de cuentas.

Baxter abandonó la estancia y llegó a la puerta. Nellie se reunió con él.

—Me siento muy impresionada —confesó la joven.

—Es lógico. Si me lo permite, yo conduciré su coche hasta el Waldorf.

—Gracias, Budd.

Ella le entregó la llave de contacto. Momentos después, el automóvil se despegaba de la acera, dejando atrás las luces intermitentes de los coches de patrulla.

Durante unos minutos, permanecieron en silencio. Luego, Baxter dijo:

— ¿Conocía la identidad del muerto, Nellie?

—Hasta cierto punto —respondió ella.

— ¿Puedo pedirle que se explique? —dijo Baxter, un tanto intrigado por la contestación.

—Sabía que Catto Haddock era empleado de confianza de Culver, pero no que, en realidad, fuese su guardaespaldas. Y como Oliver había muerto, yo no podía hablar con él. Por lo tanto, se me ocurrió venir a visitarle, pero, ya lo ha visto, llegué tarde.

—Entonces, su presencia ayer en el cementerio no fue casual. Nellie sonrió de una manera extraña.

—Pues..., lo que son las cosas, sí fue una casualidad, porque yo había acudido a otra ceremonia fúnebre y me encontré con aquel extraño funeral. Pero, desde luego, puedo garantizarle que no conocía a Diana Culver. Ni tampoco a su padre ni a Haddock, aunque sí había tenido cierta relación de negocios con Culver. Precisamente, uno de

los motivos de mi viaje a Nueva York era solucionar un asunto que Culver había dejado pendiente,.., de muy mala manera.

— ¿Cómo se «digiere» esa frase, Nellie?

—Una deuda no saldada, Budd, ¡Oh! No es que fuese demasiado importante, ni tampoco afecta a mi economía. Pero no me gustan las burlas con el dinero.

— ¿A cuánto ascendía esa deuda?

—Ciento cincuenta mil.

Baxter casi saltó en su asiento.

— ¡Y dice que no afecta a su economía! —exclamó, pasmado.

—Bueno, no me voy a arruinar por no cobrar ese dinero —rió Nellie—. Pero lo cierto es que Culver me timó, y lo descubrí demasiado tarde.

—Usted quería recobrar su dinero.

—Exactamente.

—Supongamos que hubiese encontrado a Culver con vida. ¿Qué le habría hecho?

—Tengo un «cuarenta y cinco» en el bolso. Le habría metido el cañón en la nariz y...

—Usted no hubiese apretado el gatillo, sólo porque un tipo le debía dinero. Esto no es

Texas, Nellie.

— ¡Eh!, ¿quién le ha dicho que yo sea tejana?

—Su acento. Trata de disfrazarlo, pero resulta inconfundible.

Nellie se volvió un poco, apoyando el codo en el respaldo del asiento.

—Es usted muy observador —dijo—. ¿A qué se dedica, Budd?

—Negocios —contestó él, evasivamente.

—No es una respuesta muy expresiva —se quejó Nellie.

—La vida le hace a uno ser observador —dijo Baxter sentenciosamente—. ¿Tiene muchas vacas en su rancho, Nellie?

— ¡Oh, no demasiadas! Hay otros rancheros más importantes que yo... En el Circle S. 7 sólo hay unas ochenta mil reses,

—Sí, conozco ranchos que son mayores que algunas naciones europeas —dijo Baxter—, Pero apostaría a que usted, en más de una ocasión, debe usar perfumes muy intensos.

— ¿Para evitar el olor a vacas y caballos? —rió Nellie.

—Y el olor a petróleo.

—Usted parece tener visión de rayos X —dijo la joven, evidentemente complacida—. Sí, hay una parcela en el rancho con doscientas cincuenta torres de extracción, en funcionamiento.

Baxter no se inmutó al oír aquellas cifras.

—Siendo así, se comprende que ciento cincuenta mil dólares representen para usted lo mismo que un centavo para mí —dijo.

CAPÍTULO III

Baxter releyó la declaración que había traído la mecanógrafa de la policía y Armó al pie. El sargento O'Dane le dio las gracias.

—No se merecen —dijo Baxter—, Sargento, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto —accedió el interpelado.

—Se trata de Culver. Todavía ignoro las causas de su muerte.

—Fallo cardíaco, señor Baxter.

— ¿Seguro?

—Al menos, eso figura en el certificado que expidió su propio médico.

—Pero no el forense.

O'Dane se encogió de hombros.

—Puesto que no se trataba de una muerte violenta, la policía no tenía por qué intervenir —declaró.

—Es lógico. ¿Puede darme, usted, el nombre y la dirección de ese médico, sargento?

—Yo no la tengo, ni siquiera sé cómo se llama ese matasanos.

— ¡Caramba...!

—Señor Baxter, cientos de personas mueren a diario en esta ciudad y la policía no interviene para nada, puesto que se trata de fallecimientos por causas naturales. Cuando se sospecha que puede haber delito, intervenimos nosotros.

—Sí, conozco el procedimiento, pero tratándose de Culver, creí...

—Le daré un consejo. Si tanto le interesa este asunto, ¿por qué no va a ver a su hija? De ella sí conozco la dirección, señor Baxter.

—Bien, se lo agradeceré, sargento. ¡Ah, y otra cosa...! ¿Qué hacía Culver?

O'Dane torció el gesto.

—Fue siempre un magnífico equilibrista —contestó—. Nunca se le pudo pillar en nada comprometedor, pero en todo momento estuvo bordeando la ilegalidad. Sucede que era demasiado listo y que sus víctimas eran cuidadosamente elegidas, de modo que, cuando las desplumaba, no podían formular ninguna denuncia. ¿Lo entiende ahora?

—Sí. Un timador de gran clase —sonrió Baxter.

—Exactamente —confirmó el policía.

Baxter guardó el papel en que O'Dane había escrito las señas de Diana Culver y se puso en pie.

—Ha sido un placer, sargento —se despidió.

Salió a la calle. El día era radiante, claro, cálido. Baxter sintió la tentación de abandonarlo todo y marcharse lejos de Nueva York, en busca de un riachuelo, bordeado de árboles y hierba fresca y jugosa. Pero sabía que no podía hacerlo.

Media hora más tarde, llamaba a una puerta. Diana Culver apareció a los pocos instantes.

— ¿Sí? —dijo la muchacha.

Baxter la estudió durante un segundo. Diana era una encantadora mujer, de no más de veintidós años, de silueta muy atractiva y con unos ojos azules preciosos. El pelo formaba como un casco de oro en torno al perfecto óvalo de su rostro, que aparecía limpio de todo color y con una expresión de tristeza que Baxter juzgó lógica en tales circunstancias. El apartamento, apreció, era sencillo, decorado con buen gusto, aunque sin lujos ostentosos.

—Me llamo Baxter, señorita Culver —se presentó el visitante—. Sospecho que mi presencia aquí no va a contribuir, precisamente, a mejorar su estado de ánimo, pero le agradecería muchísimo que me concediese unos minutos de su tiempo.

— ¿Qué es lo que pretende usted, señor Baxter? —preguntó.

—Hablar de su difunto padre.

Sobrevino un instante de silencio. Baxter pensó que Diana iba a darle con la puerta en las narices, pero, de pronto, ella se echó a un lado.

—Pase—dijo. Y agregó, sarcástica—: Otro acreedor, ¿no? Si es así, debe empezar por saber que no tengo dinero.

—No soy acreedor de su padre; ni siquiera llegué a conocerle. Pero, por casualidad, estuve ayer en la ceremonia del entierro. Aparte del pastor y de los sepultureros, era usted la única persona asistente, hasta que aparecieron seis más.

Las mejillas de Diana se colorearon vivamente.

—Fue algo indigno; una miserable demostración del odio y el rencor que sentían por él...

—Quizá tenían sus razones, ¿no cree?

—En todo caso, las desconozco. Ni siquiera sé quiénes son esas personas. Jamás las había visto hasta entonces.

Baxter se desconcertó.

—Pero esos cinco hombres y la mujer, tuvieron relación con su padre —alegó. Diana se encogió de hombros.

—Nunca intervine en los asuntos de mi padre —contestó—. Sé que se dedicaba a negocios, pero él jamás me dio detalles de su vida mercantil. En casa no hablaba, absolutamente, de la forma en que

ganaba el dinero.

A Baxter le pareció muy extraña aquella respuesta. Diana sonrió levemente, como si hubiese adivinado sus pensamientos.

—Estuve interna en un colegio hasta los dieciséis años —añadió —. Luego fui a la Universidad y viví en una residencia para señoritas. Mi padre era muy estricto en ciertos aspectos, y ello hizo que nos viésemos sólo en contadas ocasiones. Ahora soy profesora en un colegio secundario, en donde me han concedido unos días de vacaciones por este triste suceso. Es todo lo que puedo decirle, señor Baxter.

Era posible que Diana fuese sincera, pensó el visitante. Si Culver había sido un estafador de altos vuelos, había ganado mucho dinero sin duda, pero, al mismo tiempo, debía de querer que su hija ignorase aquella especie de doble vida que llevaba. Sí, había tipos que querían lo mejor para sus hijos; delincuentes que ansiaban ver a su prole crecer y progresar honradamente..., porque quizá, como en el caso de Culver, llevaban en la sangre el instinto de ganar dinero a cualquier precio, sin importarles las consecuencias que sufrían los que perdían toda, o parte, de su fortuna.

—Le agradezco mucho sus palabras —dijo Baxter—, Y ahora, por favor, ¿puede darme el nombre del médico que asistió a su padre, en sus últimos momentos?

Las finas cejas de Diana se alzaron en un gesto de inequívoca sorpresa.

— ¿Por qué quiere ver al médico? —preguntó—. Mi padre falleció da un ataque cardíaco...

—Pero anoche asesinaron a un individuo que fue empleado de su padre. El hombre de confianza —dijo Baxter, por no emplear el calificativo que expresaba adecuadamente la clase de empleo que había desempeñado Catto Haddock.

—No sabía... ¿Quién era ese hombre? —exclamó Diana,

—Se llamaba Haddock y le pegaron un tiro.

— ¿Tiene eso algo que ver con la muerte de mi padre?

—Pudiera ser.

—Señor Baxter, ¿qué es lo que sospecha? Hable claro, por favor —pidió la muchacha con perentoriedad—. Pero, sobre todo, ¿qué interés tiene usted en este asunto?

Baxter se quedó cortado un instante. Diana, en el fondo, tenía razón. «Expresándolo con palabras vulgares, ¿por qué diablos tengo yo que meter la nariz en algo que no me importa en absoluto?», pensó.

—Deseo ayudarla —dijo, escuetamente.

— ¿Por qué? Usted y yo no nos conocemos de nada... Si busca una recompensa, ya le digo que no tengo dinero... —De pronto, Diana le miró con suspicacia—. ¿Acaso busca otra cosa?

—No, no es eso…

—Está bien, salga de mi casa. No tengo por qué seguir dándole más explicaciones — dijo ella, fríamente.

—Muy bien, pero, al menos, tenga la bondad de indicarme el nombre del médico que asistió a su padre en sus últimos momentos. Eso no le costará nada, supongo.

—Se llama Aaran P. Curliz y vive en esta misma calle, en el ochocientos veintiuno. Baxter sacó su libreta de notas.

—Aaron P. Curliz… —murmuró.

—Aaran —rectificó ella.

—Bueno, hay padres caprichosos…

— ¡Un momento! ¿Por qué quiere ver usted al doctor Curliz?

—En toda profesión hay tipos acomodaticios.

—No entiendo…

—Quizá su padre fue asesinado. Diana se puso una mano en la boca.

— ¡Oh…! Sería terrible… No se me había ocurrido semejante posibilidad —declaró.

—Tampoco a mí se me habría ocurrido, de no haber sido por el asesinato de Haddock.

—Pero si… si el doctor Curliz firmó un certificado falso, que es lo que usted parece sospechar, no querrá reconocerlo…

—Evidentemente —admitió Baxter—. Sin embargo, y si de sus respuestas llego a la conclusión de que el doctor Curliz actuó inmoralmente, usted podría pedir una autopsia del cuerpo de su padre, de modo que se averiguasen con toda veracidad las causas de su muerte. A menos, claro está, que prefiera dejar las cosas tal como están.

— ¡Oh, no, no! —exclamó Diana, vivamente—. Si mi padre murió asesinado, quiero que se encuentre al criminal.

—En eso estamos plenamente de acuerdo —sonrió el visitante—, Y ahora, señorita Culver, si me permite…

El timbre de la puerta sonó en aquel instante. Diana echó a andar y pasó por delante de Baxter.

—Permítame —dijo.

Diana abrió la puerta. Dos individuos aparecieron en el umbral.

— ¿Señorita Culver? —dijo uno de ellos.

—Sí…

—Haga el favor de vestirse; tiene que acompañamos.

CAPÍTULO IV

Diana se turbó un poco y luego, maquinalmente, llevó la mano al cinturón de la bata que vestía, semejante a un *kimono* corto.

—Sí, claro... Dispensen unos momentos, por favor...

En la petición de los dos sujetos, Baxter encontró algo extraño.

— ¿Adónde llevan a la señorita? —preguntó.

El hombre que había hablado en primer lugar, miró a la muchacha.

— ¿Es pariente suyo, señorita? —inquirió.

—No. Sólo vino a verme...

El otro hombre entró y cerró la puerta.

—Entonces, dígale que se marche —ordenó.

Hubo un instante de silencio. Baxter sospechó, de inmediato, la clase de profesión a que se dedicaban aquellos dos individuos. Rostros duros, con algunas cicatrices, una ceja partida, manos de grandes nudillos..., y bajo la chaqueta el bulto inconfundible de una pistola sobaquera.

Diana se volvió hacia el joven. Baxter dijo:

—Por favor, pídales que se identifiquen; que le enseñen su documentación..., si es que son policías.

La muchacha lanzó una exclamación. El hombre de la ceja partida gruñó:

—Estamos perdiendo demasiado tiempo.

Y sacó su pistola, pero antes de que pudiera situar el cañón horizontalmente, una mano, con movimiento fulgurante, bajó de filo para golpear la muñeca armada.

Unos huesos chasquearon horriblemente. La pistola saltó por los aires, mientras su dueño, presa de indescriptibles dolores, se tambaleaba aparatosamente, desinteresado ya de cuanto pudiera suceder a su alrededor.

El otro se sorprendió primeramente y luego sonrió.

—Al chico le gusta la pelea —dijo—. Bien, vamos a complacerle...

Al mismo tiempo que hablaba, disparaba su puño derecho. Pero el golpe no causó los efectos que esperaba.

De repente, se encontró con dos manos que aferraban su brazo con presa de hierro. Antes de que pudiera reaccionar, se encontró dando media vuelta sobre sí mismo.

Un segundo después, Baxter alzó su pie derecho y lo apoyó un poco más arriba de las posaderas del sujeto. Hizo fuerza y el individuo salió catapultado con increíble potencia, estrellándose de cara contra la pared más cercana.

Se oyó un rugido de dolor. El sujeto retrocedió, con las dos manos sobre la nariz, aplastada por el impacto. Baxter alzó los dos brazos y golpeó su cuello, por ambos lados, con los filos de las manos. El individuo se desplomó sin sentido, instantáneamente.

Diana se sentía estupefacta. Aquel joven, de aspecto más bien vulgar, había derrotado a dos tipos habituados a todo género de peleas, y además, armados, sin emplear otra cosa que sus manos. Baxter se inclinó hacia el primero, que seguía arrodillado, y lo hizo levantarse, agarrándolo por el cuello de su chaqueta.

—Será mejor que se vayan, y no vuelvan a molestar más a la señorita —dijo severamente. Luego se volvió hacia la muchacha—: Ande, vaya a vestirse y no se preocupe de nada más.

Diana se encaminó a las habitaciones interiores. Cuando salió, un cuarto de hora más tarde, vio, con asombro, que Baxter estaba solo.

—Se han ido...

—Los he echado —corrigió el joven, con buen humor.

—Señor Baxter, ¿qué pretendían de mí esos sujetos?

—Mis sospechas sobre la muerte de su padre parecen confirmarse —respondió el interpelado—. Por dicha razón creo que debería acompañarme a casa del doctor Curliz.

—Sí, iré con usted —contestó ella vivamente.

—Y, otra cosa, señorita Culver: le aconsejo que se cambie de domicilio inmediatamente. Vaya a un hotel durante algunos días y no comunique a nadie su nueva dirección. Esos individuos podrían volver, ¿comprende?

Diana palideció.

— ¿Usted cree?

—Seguro. Ni el lugar ni la ocasión eran los más adecuados, aparte de que hubiese tenido que emplear la violencia para saberlo, pero el caso es que esos dos tipos no me han querido decir quién les había enviado.

—No entiendo...

—Eran vulgares matones, a sueldo de un personaje de cierto relieve, quien supone que usted tiene algo valioso.

—Pero yo no tengo nada de valor. No sé qué podrían buscar...

—Señorita —suspiró Baxter—, hablando claro y aunque le duela, la conducta de su padre, mientras vivió, fue todo menos decente. Si lo asesinaron, como supongo, fue porque alguien se desquitó por ese medio, sabiendo que podría conseguir lo perdido por

otros procedimientos. Y de ahí ha venido todo lo demás, ¿comprende?

—Empiezo a comprender —dijo la muchacha—. Pero ¿qué es lo que pudo dejar mi padre?

Baxter abrió la puerta.

—A mí también me gustaría saberlo —contestó.

Salieron de la casa en silencio. Baxter observó que Diana parecía sumamente preocupada. Era lastimoso, pensó; hasta entonces, ella había estado ignorante de las verdaderas actividades de su padre y el choque debía de haberla afectado profundamente.

Minutos más tarde, Diana se detenía ante una puerta en la que había un rótulo:

«Doctor A. P. Curliz.»

—Aquí es —dijo.

Debajo del nombre del galeno había una indicación- «Entre sin llamar.» Baxter empujó la puerta.

En el consultorio del médico reinaba un silencio absoluto. Baxter avanzó unos cuantos pasos más. De pronto, se detuvo, a la vez que extendía la mano derecha.

— ¡Quieta! —dijo.

Era ya un poco tarde. Diana vio el cuerpo tendido en el suelo, al otro lado de la mesa de trabajo, y lanzó un gemido de dolor.

Baxter dio la vuelta a la mesa y se inclinó sobre el caído. En el pecho de Curliz se veía un agujerito del que no había salido demasiada sangre. Pero el impacto, se veía claramente, estaba en un lugar vital: el corazón.

Al cabo de unos segundos, se puso en pie. Sacó un pañuelo, envolvió el teléfono y marcó un número.

— ¿Telefonista? Por favor, póngame con la policía. Es muy urgente, señorita; se trata de un asesinato...

* * *

—En los archivos no hay nada sobre Culver —informó Gray, a través de la televisión—

Es decir, nada que se refiera a él directamente, aunque la computadora señaló una noticia que mencionaba su nombre, aunque sin dar más detalles. Se trata de un juicio por lesiones, contra un tal Eph Salters, acusado de haber causado graves daños físicos a Alfred Culver. En el acto del juicio, Culver retiró la acusación. De Salters puedo decirte que era apostador profesional, pero eso es todo.

Baxter encendió un cigarrillo, repantigado en la butaca, frente al televisor.

—Seguramente, Culver hizo una apuesta y luego no pagó —dijo.

—Sí, es lo que parece más probable, caballero andante —contestó Gray irónicamente—. La hija de Culver, creo, es muy bonita, ¿verdad?

—Bastante, pero tú sabes que yo no hago nada por...

—Ya, por amor al dinero. Pero estas consultas que me haces cuestan caras. Si ella no paga, ¿quién pagará?

—Pareces un banquero —rió Baxter—. No te preocupes, cuando todo haya terminado, pásame la factura. Otra cosa: ¿algún dato sobre el domicilio de Salters?

—No. ¿Crees que Culver murió asesinado?

—Denis, se puede sofocar a una persona, poniéndole la almohada sobre la cara. Eso no deja señales y el médico informa, luego, de que el «paciente» falleció a consecuencia de un paro cardíaco.

—Yo conocía a uno que murió también de un paro cardíaco —dijo Gray—. Claro que el corazón se le paró a consecuencia de la colisión con un trozo de plomo, forrado con una aleación de cobre y níquel, en forma de proyectil calibre treinta y ocho...

—No seas mordaz; demasiado sé que cuando una persona muere es porque el corazón se le para, por una causa u otra. Pero da mucho que pensar el hecho de que dos tipos hayan sido asesinados a poco de la muerte de Culver, ¿no te parece?

—Sí, da la sensación de que hay un caso muy turbio detrás de todas estas muertes. Para ti, esta clase de asuntos es miel pura, ¿no?

Baxter se puso en pie.

—Me llama la atención, simplemente —contestó. Gray lanzó una burlona carcajada,

—No sé, pero nunca intervienes cuando se trata de una ancianita desvalida... Siempre haces algo cuando la persona perjudicada es una mujer, joven y hermosa...

—Tú lo has dicho antes; tengo alma de caballero andante —contestó Baxter zumbonamente.

Cuando salía del cuarto de comunicaciones, empezó a pensar en la forma de localizar a Eph Salters. Pero antes de que pudiera tomar una determinación, vio a su criado que le tendía el teléfono.

—Para usted, señor. Baxter tomó el auricular.

— ¿Sí...?

— ¡Hola! —sonó una voz conocida—. ¿Qué noticias me da usted?

— ¿Cómo?

—Yo también estoy intrigada, ¿no lo recuerda?

— ¡Oh, sí, claro! Pero...

— ¿Por qué no viene a tomar una copa conmigo? ¿Es que ya no

recuerda dónde me hospedo?

—Por supuesto, pero en estos momentos me es imposible, Nellie. Iré en cuanto haya visto a un individuo con el que estoy citado.

—El cual, seguramente, tuvo algo que ver con Culver.

—Un poco, en efecto.

—Está bien, venga lo antes que pueda, Budd.

—Iré, Nellie.

* * *

El hombre oyó la pregunta y luego volvió su rostro de nariz afilada hacia Baxter.

—De modo que busca a Salters —dijo.

—Así es, Manny —contestó Baxter.

Manny Dealey, alias el Vaca, fijó la vista en el vaso que tenía delante de sí. El vaso estaba vacío y Baxter comprendió, en el acto, la indirecta que le lanzaba el sujeto.

Levantó una mano. El *barman* llenó el vaso de nuevo.

— ¿Qué quiere saber de Salters? —preguntó Dealey, después de un largo trago.

—Hace cosa de año y medio tuvo un conflicto con un tal Culver...

— ¡Culver! —exclamó Dealey, sorprendido.

—Le conoces, ¿eh?

—Era un hijo de puta esférico —rezongó el sujeto.

— ¿Cómo esférico? —preguntó Baxter, desconcertado.

—Quiero decir que era un hijo de puta, desde cualquier punto que se le mirase. A mí me birló cinco mil pavos con la promesa de un negocio magnífico... Total, que acabó perdiéndolos en las apuestas. Culver tenía un don de gentes maravilloso: era un pico de oro para sacar la pasta, incluso de debajo de las piedras..., pero se perdía en las carreras de caballos. No acertaba un ganador ni por casualidad.

—Sí, pero ¿qué pasó con Salters?

— ¡Oh! Lo que suele suceder siempre, cuando uno debe dinero de las apuestas y no paga.

—Ya. Pero si ganaba tanto dinero...

—A veces tenía telarañas en los bolsillos. Culver era un estafador de lo fino y cuando uno se gana la vida de este modo, es preciso preparar los golpes bien, para no fallar. Por lo tanto, había ocasiones en que estaba verdaderamente «limpio», pero su afición a las carreras no le abandonaba jamás.

—Voy entendiendo. Bien, Danny, ¿puedes decirme dónde vive Salters?

—En el cementerio.

Dealey movió la mano y el *barman* volvió a llenarle el vaso.

—Está muerto —dijo Baxter.

—Se cayó desde un décimo piso. La policía optó por la solución cómoda del suicidio, para no entrar en averiguaciones.

—Alguien le hizo saltar por la ventana.

—Sí, Will Catheby, que es el que tiene ahora su negocio.

— ¡Oh! Una buena forma de eliminar la competencia,

—Exactamente. Si quiere ver a Catheby…, tenga cuidado. Es más peligroso que una serpiente de cascabel con dolor de muelas.

—Las serpientes de cascabel tienen colmillos —sonrió Baxter.

—Bueno, con dolor de colmillos. Calle Ciento Dos, Este, setecientos noventa y siete. Baxter metió la mano en el bolsillo y sacó cinco billetes de diez dólares.

—Una pregunta más, Manny.

— ¿Sí?

— ¿Conocías a un tal doctor Curliz? El Vaca soltó una risita.

—Todo el que recibía una herida de bala y no quería que se enterase la policía, acudía a Curliz. Conozco al menos media docena de viudas, que envenenaron a sus maridos para cobrar el seguro, gracias a los certificados de muerte natural extendidos por Curliz, Las solteras en compromiso acudían a Curliz a bandadas…

—Ya, no sigas. Gracias, Manny.

Baxter abandonó la taberna en donde había tenido lugar la entrevista. En la acera, encendió un cigarrillo. Era un asunto sórdido, repugnante, pensó…, pero dos hampones no iban a secuestrar a Diana, solamente porque su padre hubiese muerto dejando algunas deudas.

Había algo más. ¿Qué era?

Consultó su reloj. De pronto, pensó que le convenía descargar un poco la mente. ¿Por qué no tomar una copa con Nellie Stoddard?

* * *

En recepción consultaron a Nellie, quien indicó que el visitante podía subir de inmediato a la *suite* que ocupaba. Baxter llamó a la puerta, momentos más tarde. Una mano hizo girar el pestillo y abrió un poco. Baxter entrevió un relámpago de carne blanca.

— ¡Estoy terminando! —gritó Nellie, desde el baño.

Baxter cerró la puerta. En el suelo se veían todavía las señales de humedad de unos pies descalzos. Sonrió, al pensar en que Nellie no se había molestado siquiera en ponerse una bata de baño, para abrirle.

Un cuarto de hora más tarde, Nellie salió del baño, con los cabellos recogidos por una cinta azul y vestida con un peinador corto, que parecía hecho con hilos de cristal. Ella soltó una risita al ver la cara de estupefacción que ponía su visitante.

—No te vayas a creer que lo uso con frecuencia —dijo—. ¡Ah! Veo que has llenado las copas. Piensas en todo, Budd.

Debajo de la bata no había nada más. Baxter levantó su copa.

—Por el fabricante de esa tela —brindó. Nellie lanzó una alegre carcajada.

—Sabía que te gustaría —dijo. Buscó el diván y se enroscó como una gata—. Bien, ¿qué te cuentas?

— ¿Contar? ¿Sobre qué?

— ¡Hombre, de qué va a ser...! El funeral por un canalla... ¿O lo habías olvidado?

—Nellie, viéndote de esa forma, uno olvida todo —contestó él.

—Es que así me siento más cómoda. Hoy no pensaba salir..., porque has venido tú, claro. ¡Ah!; y no pienses en el olor a vacas o petróleo.

—Ese olor se transforma, fácilmente, en olor a papel.

— ¿Papel? —se extrañó Nellie.

—Papel en billetes de Banco o cheques.

—Materialista —se burló la joven.

—Tú has empezado...

—Budd, dejemos el tema, no seas escurridizo. Cuéntame lo que hayas podido averiguar.

— ¿Y cómo sabes que he hecho averiguaciones?

—Encontramos muerto a Haddock. El caso tiene interés para ti.

—Mera curiosidad...

—No desvíes la cuestión. Culver murió, debiéndome ciento cincuenta mil dólares. Están en alguna parte.

—Te equivocas. Culver tenía las manos agujereadas.

Nellie miró a su visitante, por encima de la copa.

—Alguna amante que le explotaba, supongo —dijo.

—No. Carreras de caballos. Más que debilidad, eran obsesión. Pero no acertaba ni una.

—Es muy extraño —dijo ella, frunciendo el ceño—. Un hombre que ganaba el dinero tan fácilmente...

—Y lo perdía con mayor facilidad, todavía. ¿Cómo pudo estafarte ciento cincuenta mil dólares? Tú no pareces tonta, precisamente.

—Apareció hace unos meses por Dallas. Vestía con elegancia, se alojó en uno de los mejores hoteles... Tenía mucha labia y era enormemente persuasivo. Dijo ser representante de una casa alemana, especializada en material para campos petrolíferos, con los últimos adelantos técnicos en la materia. Bueno, sería largo de explicar, pero acabé dándole ciento cincuenta mil, a cuenta de un importante pedido... que no llegó nunca.

— ¿Estafó a más propietarios? Nellie enrojeció.

—No —contestó, muy turbada,

— ¿Por qué?

—Bueno... Culver dijo que me cedería la exclusiva para todo el estado de Texas... Así podría yo ganar una suma de dinero, que me haría resultar gratis la compra de la maquinaria. .

Baxter sonrió, mientras miraba compasivamente a la joven.

—Nellie, si tienes tanto dinero, ¿por qué querías aún más? ¿Ibas a sentirte más feliz por ganar media docena de millones? ¿Qué hubieras comprado que ya no tengas?

Ella se levantó bruscamente.

—Había algo más... —Tenía la respiración muy alterada y las curvas de sus senos se movían alborotadamente—. Pero no quiero decírtelo...

—Bien, bien, no te preocupes —dijo el joven, conciliador—. ¿Otra copa?

—No, ya tengo bastante. Budd, la verdad es que no quería recobrar el dinero, sino desquitarme de la humillación que supuso, para mí, no conseguir algo en lo que tenía mucho interés.

— ¿Acaso pensabas pegarle cuatro tiros?

—Uno sólo, y en una pierna. Baxter sonrió.

—Con el revólver del abuelito, ¿verdad? —Se acercó a Nellie y le puso las manos sobre los hombros—. Es mejor que haya sido así. El dinero que te estafó Culver no vale los conflictos que habrías debido afrontar, después.

—Bueno, yo me sentía muy furiosa... Me hizo una mala pasada, Budd.

—Olvídalo, Nellie.

— ¿Cómo?

— ¿Quieres saberlo? Ella sonrió.

—Claro —contestó.

Las manos de Baxter resbalaron, hasta posarse en la cintura de la joven. Luego, muy lentamente, se inclinó hacia ella y buscó sus labios.

—Así —murmuró, ardientemente.

CAPÍTULO V

Una atildada secretaria consultó a través del interfono, a su jefe, mientras Baxter aguardaba en la antesala, al día siguiente de su entrevista con Nellie Stoddard. Al cabo de unos instantes, la secretaria le indicó que podía pasar:

—El señor Catheby le recibirá de inmediato, señor Baxter.

—Gracias.

En la puerta de la oficina había un rótulo, en el que se indicaba que William F. Catheby era consejero de inversiones. Baxter había sonreído divertidamente. Sí, Catheby aconsejaba a los jugadores acerca del caballo que se suponía iba a llegar en primer lugar.

Entró en el despacho. Inmediatamente, arqueó las cejas en un incontenible gesto de sorpresa. Catheby lo notó.

— ¿Me conoce usted, señor Baxter?

—Le vi hace unos días en el cementerio. Tiró la colilla de su cigarro al suelo y la aplastó con el tacón de la bota. Era una tumba recién ocupada...

El rostro de Catheby se contrajo.

—Es la tumba de un canalla —dijo.

— ¿Le debía mucho dinero?

—Bastante..., pero eso ¿qué diablos le importa a usted? No ha venido para hablarme de Culver, ¿verdad?

—Se equivoca. Estoy aquí por Culver, precisamente.

Los dientes de Catheby mordieron con fuerza el cigarro que estaba fumando.

—Murió, dejándome una deuda de quince mil dólares —dijo—, ¿Qué es usted, detective privado?

—Algo por el estilo. Podría decirse que soy representante de su hija.

— ¡Ah, ya entiendo! Bueno, no tengo nada contra la chica. Sé que Culver tenía una hija, maestra en alguna parte, pero eso es todo. Ella no me pidió nunca dinero...

—Querrá decir que nunca le ordenó apostar a un caballo. Catheby miró con fijeza a su visitante.

—Soy consejero de inversiones —dijo.

—Y sucesor de Eph Salters en el negocio de apuestas.

—No lo admitiré ante un juez...

—Yo no tengo el menor interés en acusarte oficialmente. Lo que sí me interesa es saber por qué usted, y cinco personas más, fueron a

escupir sobre la tumba de Culver.

—Mis motivos ya los conoce. En cuanto a los otros, no sé...

—Señor Catheby, no simule ignorancia. Yo presencié la escena y vi que las seis personas actuaban en perfecta armonía, una detrás de otra. Todos, salvo usted, hicieron lo mismo, aunque tomar una sepultura por cenicero, es lo mismo que escupir sobre ella. Me intriga mucho esa actitud, francamente, sobre todo, si se tiene en cuenta que Culver, muy probablemente, murió asesinado.

—Murió de un ataque al corazón.

—Eso es lo que dijo el doctor Curliz. Pero ¿por qué tuvieron que asesinar al médico que mintió, a través de un certificado médico?

—El doctor Curliz tenía muchos enemigos. Sabía demasiadas cosas que podían comprometer a bastantes personas Alguno juzgó conveniente taparle la boca,

—Conozco la fama de Curliz, pero resulta muy raro que muriese veinticuatro horas después que Haddock, el hombre de confianza de Culver, y cuarenta y ocho horas después que éste.

—Una simple coincidencia, señor Baxter. En cuanto a mí, ya conoce los motivos...

—Sí, los ha dicho. Sin embargo, me gustaría hablar con las otras personas. Usted las conoce, supongo.

Catheby sonrió.

—Ni ellos ni yo tenemos nada que ocultar —contestó—. Cuando nos enteramos de que Culver había muerto, decidimos hacerle aquel funeral, para demostrar la opinión que nos merecía. Pensábamos que asistiría más gente, pero nos equivocamos: sólo su hija estuvo presente.

—Sí, ya lo vi. —Baxter sacó una agenda y un lápiz—. ¿Tiene la bondad de darme los nombres y las direcciones de las otras personas?

—Por supuesto.

Momentos después, Baxter volvía la agenda al bolsillo.

—Ha sido usted muy amable, señor consejero de inversiones —dijo—. Y... ¿quiere saber cuál es mi opinión sobre el funeral que le hicieron a Culver?

Catheby movió una mano.

—Adelante, amigo mío —invitó, con benignidad.

—Fue una cerdada asquerosa. Catheby dio un salto en su asiento.

— ¡Fuera! —gritó.

—Ya me iba —sonrió Baxter—. Aquí huele a pocilga.

Se oyó un bramido de cólera. En el mismo momento, se abrió la puerta.

—Jefe, he estado con...

El recién llegado se interrumpió, en el acto, al ver a Baxter.

— ¡Es él! —gritó. Baxter parpadeó.

—Nos hemos visto, creo —dijo, al reconocer a uno de los dos tipos que habían querido llevarse a Diana.

Se volvió hacia Catheby.

—De modo que no tenía nada que ver con la luja de Culver —añadió, sarcástico—.

¿Acaso quería entregarle unas rosas en propia mano, en lugar de enviárselas por el chico de la tienda de flores?

— ¡Salga! —gruñó Catheby—. Salga y no vuelva a poner los pies en esta casa,

—De aquí me voy a una zapatería. Tengo los zapatos llenos de porquería —contestó

Baxter insultantemente.

El hombre de la ceja partida dio un paso hacia él, pero Baxter, fulgurantemente, alargó la mano derecha, con el índice y el dedo medio extendidos en V. Las yemas golpearon secamente a ambos lados de la nariz del sujeto, haciéndole tambalear.

Baxter cerró la puerta. Tras él, un esbirro, con los ojos llenos de lágrimas, miró a su jefe.

Catheby guardaba silencio, mientras sus dedos tamborileaban sobre la mesa. De pronto, alzó la mano:

—Chick, dijiste que ese tipo es un luchador fenomenal.

—Sí, parecía tener mil brazos... Catheby sonrió de una forma especial.

—Yo sé quién tiene diez mil —dijo—. Anda, busca a Johnny Hoo. Dile que venga cuanto antes. Tengo que darle un encarguito muy urgente.

—Sí, jefe. Pero Hoo cobra caro...

—Chick Fewly, el dinero, ¿es tuyo o mío? —contestó Catheby, de mal talante—. Busca a Hoo y no te preocupes de más.

—Está bien.

En la puerta de la oficina del «consejero de inversiones», Baxter consultó la agenda. Después de una rápida meditación, decidió que la persona a quien debía visitar en primer lugar era Marylou Watson, la mujer que, después de escupir sobre una tumba, había recibido una fenomenal bofetada de Nellie Stoddard.

* * *

Marylou Watson miró con notorio recelo a su visitante. Baxter, a su vez, estudió a la mujer. Hermosa, de cuerpo abundantemente dotado por la naturaleza y ojos vivaces, pero también duros y despiadados, pensó en un segundo. A Marylou, estimó, le gustaba quitarse años, como lo demostraba el pelo escandalosamente teñido y cortado en forma de melena de paje.

Pero, de todos modos, resultaba una mujer con un tremendo atractivo sensual. Era de suponer que ello lo supiese, también.

—No tengo nada que decir sobre Alfred Culver, salvo que fue un canalla —dijo, después de que Baxter hubo expresado sus deseos.

— ¿Porque le estafó una importante suma de dinero?

— ¿Cómo lo sabe?

Baxter hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Conozco algunos detalles de la nada edificante vida de Culver —respondió.

—Bueno, sí, me estafó. ¿Y qué? Usted tampoco es de fiar...

—Señora, temo que le han hablado muy mal de mí y eso es algo que resulta absolutamente injustificado —dijo Baxter, presintiendo la llamada de aviso de Catheby.

—Nadie me ha dicho nada —aseguró ella.

«Miente», pensó el visitante. Pero estaba seguro de que Marylou tenía un punto flaco: la avaricia.

—Muy bien, no discutiremos este punto. Sin embargo, ¿me permite hacerle una oferta?

Marylou alzó las cejas inquisitivamente.

— ¿Qué oferta?

Baxter paseó la mirada por la decoración que le rodeaba.

—Tiene usted una casa muy bien puesta; con muchísimo gusto —dijo halagadoramente. En realidad, las preferencias de Marylou en materia ornamental eran más bien vulgares, incluso con resultados chillones, pero era preciso excitar su vanidad en sentido positivo—. Una casa como ésta sería la que me gustaría a mí tener —añadió.

Ella sonrió, visiblemente complacida.

—Psé…, puede pasar —contestó—. ¿Le apetece una copa, señor Baxter?

—Por favor, llámeme Budd, señora —rogó el visitante, con mesurada cortesía. Se acercó a una consola y estudió lo que había allí —. Un jarrón realmente precioso.

—Me dijeron que era muy antiguo, y auténtico, por supuesto. Yo no entiendo de arte, pero me gustó y ahí lo tengo.

«Este jarrón es como para rompérselo en la cabeza al vendedor», pensó Baxter.

—Guárdelo bien, señora —aconsejó—. Con el tiempo, puede valer una pequeña fortunita.

Marylou se le acercó con las copas en las manos, contoneando sugestivamente sus opulentas caderas.

— ¿A qué se dedica usted? —preguntó.

— ¿No se lo ha dicho el señor Catheby? Soy una especie de investigador de seguros, pero por mi cuenta, quiero decir que no estoy

a sueldo de ninguna compañía de seguros…

—Este no es un asunto de seguros, Budd.

—Sí, ya lo sé, pero usted ha perdido una importante suma de dinero. Marylou remoloneó un poco.

—Hombre, tanto como importante… Pero ¿no habíamos quedado en que iba a hacerme una oferta?

— ¡Oh, sí, claro! Casi lo había olvidado… El diez por ciento de la suma perdida cuando la recobre, claro.

—El diez por ciento… —repitió Marylou, pensativa.

—Exactamente, señora. Claro que necesitaré de toda clase de detalles, acerca de la forma en que perdió usted ese dinero, pero, por descontado, mi absoluta discreción queda garantizada de un modo total. —Baxter tomó un sorbo y dejó la copa sobre la consola—. Imagino que necesita un período de reflexión, así que cuando haya tomado una decisión, tenga la bondad de llamarme por teléfono.

Sacó su agenda, escribió unas cifras y arrancó la hoja, que dejó sobre la consola.

Luego dirigió a la mujer una amplia y cálida sonrisa.

—Ha sido usted muy amable al recibirme, señora —dijo. Marylou parpadeó.

—Pero ¿cómo? ¿Se va? ¿Tan pronto? —inquirió.

Baxter había decidido, visto el cambio de actitud de la rubia, que lo mejor era mostrarse sólo discretamente interesado en el asunto, sin impaciencias nocivas que podían estropear sus acciones. Al contrario, le convenía excitar un poco la atención y la curiosidad de Marylou. De este modo, calculaba, en la próxima entrevista ella podría mostrarse mucho más explícita.

Incluso cabía la posibilidad de que le contase detalles ignorados por la mayoría de las personas.

—Su caso no es el único, señora —dijo. Se inclinó, tomó la mano de Marylou y la besó galantemente—. Piénselo bien…, pero, sobre todo, piense que vale más perder el diezmo que el todo. Buenos días, señora Watson.

Desde la puerta se volvió y sonrió de nuevo. Marylou parecía perpleja, pero también sonreía, «La fruta está a punto de caer», se dijo, mientras cerraba lentamente.

CAPÍTULO VI

Las hábiles manos de Tim Koye dieron los últimos golpes de masaje. Baxter se levantó y, envuelto parcialmente en una toalla, caminó hacia el baño.

—El señor piensa salir hoy —dijo Koye.

—Sí. —Y Baxter se inclinó y probó la temperatura del agua de la bañera con un dedo—. Aunque no he adelantado gran cosa, el caso se presenta más fascinante a cada minuto que transcurre.

Dejó caer la toalla y se metió en el agua.

—Por favor, Tim, una taza de café y un cigarrillo.

—Bien, señor.

Transcurrieron unos minutos. Baxter empezaba a llegar a unas conclusiones sobre el asunto, cuando, de pronto, entró Koye con el teléfono en la mano.

—Para usted, señor. Es la señorita Culver —anunció. Baxter se acercó el aparato a la oreja.

— ¡Hola, Diana! —saludó—, ¿Cómo van las cosas?

—No muy bien —contestó ella.

— ¿Por qué?

—Como me aconsejó usted, tomé una habitación en un hotel. Pero necesitaba algunas cosas; tengo que preparar unos apuntes para mis alumnos y en el hotel me aburría sin hacer nada, así que decidí volver a mi casa, para coger lo que necesitaba.

—Fufe una imprudencia...

—Me cercioré de que no había gente sospechosa por las inmediaciones. Además, entré por la puerta de servicio.

—Bien, siga.

—La casa estaba completamente revuelta. Hasta el tapizado de los sillones y del diván apareció roto... Alguien entró en mi ausencia y estuvo buscando algo... No sé qué pueda ser, francamente.

—Diana, le aconsejo que sea fuerte, pero mucho me temo que su padre hizo algo nada correcto. La muerte el doctor Curliz incide todavía más sobre mis sospechas sobre el asesinato, hábilmente disfrazado de ataque cardíaco, ¿comprende?

—Sí, desde luego...

—Un momento, Diana. ¿Bajo qué identidad se hospeda usted en el hotel? —preguntó

Baxter.

—Pues..., con la mía, claro. No iba a dar otro nombre...

—Debió haberlo hecho. Esos tipos andarán buscándola y preguntarán por todos los hoteles, cuando menos, por los de regular categoría. Cambie de alojamiento y dé otro nombre... Dolly Carver, por ejemplo. Cuando lo haya hecho, telefonee a mi casa. Si no contesta nadie, tengo grabadora de llamadas. ¿Entendido?

—Si... ¿Cree que me buscan? —preguntó ella, ansiosamente.

—Estoy seguro, Diana.

—Muy bien, haré lo que me dice. Pero me siento muy inquieta... Señor Baxter, ¿qué es lo que pudo dejar mi padre?

—Algo relacionado con una suma de dinero, si no es el dinero mismo —contestó el joven, rotundamente.

* * *

Terminado el baño, Baxter se equipó sencillamente: camisa y pantalones claros y una cazadora liviana. Estaba terminando de vestirse cuando sonó el teléfono. Koye apareció en la sala. Baxter se anticipó.

—Yo contestaré —dijo. Y dio su nombre.

Una voz melosa llegó, en el acto, a sus tímpanos.

— ¿Budd? Soy Marylou Watson…

— ¡Oh, señora Watson! ¿Cómo se encuentra usted?

—Por favor —dijo ella, con una risita—, llámeme Marylou.

— ¡Sí, encantado! ¿Puedo servirle en algo?

—He estado pensando mucho en su oferta y creo que me convendrá aceptarla. Pero me gustaría conversar con usted antes de tomar una decisión firme...

— ¡Oh, será un placer, desde luego!

—Venga a mi casa, Budd. A partir de las siete de la tarde.

—De acuerdo.

—Marylou —dijo ella, con voz más insinuante.

—Sí, Marylou.

Baxter dejó el teléfono con la sonrisa en los labios. La actitud adoptada el día anterior empezaba a dar sus frutos.

Sacó la agenda y estudió los nombres que le había facilitado Catheby. Después de unos segundos de reflexión, decidió empezar por el sujeto denominado Burt Creed.

Cuando salía de casa, se tropezó con una persona conocida.

—Estás vivo —dijo Nellie.

—Sí.

—Pues no lo parece, Budd.

Baxter se palpó el cuerpo con ambas manos.

— ¿Soy un fantasma?

—Lo digo porque no me has llamado, ni sé nada de lo que

sucede…

—Estoy trabajando en el caso, Nellie.

—Y ahora vas a ver a alguien.

—Sí.

—Está bien, iremos juntos.

Baxter contempló, unos instantes, a la joven. Nellie vestía con gran sencillez, ropas cómodas que le permitían una gran facilidad de movimientos, pero, al mismo tiempo, se veía que no eran compradas precisamente en unos almacenes baratos. Parado frente a la puerta se veía un coche tan grande como un destructor.

Nellie llevaba, pendiente del hombro, un bolso de piel blanca y negra.

—Fue una de mis mejores vacas —sonrió.

—Y dentro está el «Colt» del abuelito.

—En esta ciudad, no me muevo con las manos vacías.

—Está bien, vamos.

Subieron al coche. Nellie lo hizo arrancar violentamente.

— ¡Eh, que esto no es un «bronco»! —protestó él. Nellie lanzó una alegre carcajada,

—Me gustaría que vinieses un día a mi rancho —dijo—, ¿Sabes montar a caballo?

—Me sostengo a horcajadas sobre una silla —contestó él, irónicamente.

—Te daríamos un caballo manso y recorreríamos el rancho…

— ¡Horror! Si tienes tantas vacas, tendríamos que pasarnos una semana sobre la silla. Soy muy vago, ¿sabes?

—Bueno, también tengo *jeeps* y hasta un helicóptero… En el invierno lo usamos para cazar a los coyotes hambrientos…

—Pobres coyotes. ¿No te da pena matar a una bestia que sólo quiere llenarse el estómago?

Ella se echó a reír. Luego, de pronto, se puso seria.

—Está bien, dejémonos de juegos —decidió—. ¿Qué has averiguado?

—No gran cosa. Sospecho que esas seis personas fueron estafadas por Culver y que, tal vez, como cosa excepcional, el difunto dejó en alguna parte una gran suma de dinero.

— ¿Y dónde está ese dinero, Budd?

—Si lo supiera, podría decirse que el caso está concluido.

—A excepción de los asesinatos.

—Eso es cosa de la policía, Nellie. A mí me interesa que una chica salga bien parada de este asunto.

—Una pobre huérfana, solitaria y desvalida —dijo Nellie, burlonamente—. Eso incita a

la compasión, ¿verdad?

—Nellie, no seas cáustica. Tú has sido siempre rica y nunca has conocido la pobreza y las privaciones. Tu punto de vista no puede ser el mismo que el de la hija de Culver. Además, si es cierto que éste dejó dinero, tú podrías recobrar lo que te estafó. Al menos, una parte.

—El dinero me interesa menos que saber, exactamente, lo que sucedió, Budd.

Un cuarto de hora más tarde, Baxter llamaba a una puerta. A los pocos momentos, se encontraba frente a un tipo delgado, de pelo liso y ojos acuosos, vestido con una bata harto pretenciosa. Demasiados dibujos, demasiadas flores...

— ¿Señor Creed? —dijo Baxter.

—Sí, yo mismo —contestó el individuo con voz aflautada.

Era el tipo de aspecto afeminado, que formaba parte del grupo.

—Me llamo Baxter —dijo el joven—. Ella es la señorita Stoddard.

—Bien, entren —invitó Creed—, ¿En qué puedo servirles?

Baxter estudió la decoración unos instantes. Cortinajes pesados, de color rojo oscuro, grandes divanes, almohadones de enormes dimensiones, la alfombra de cinco centímetros de espesor... y una atmósfera invadida por un penetrante perfume que no tenía nada de masculino.

Nellie arrugó la nariz. A ella tampoco le gustaba, en absoluto, la apariencia del sujeto.

—Se trata de un tipo llamado Culver —dijo Baxter, al fin—. Usted, con cinco personas más, asistió a su funeral y escupió sobre su tumba.

—Se lo merecía —contestó Creed—. Pero eso, ¿qué puede importarles a ustedes?

—A mí me importa —intervino Nellie, con gran vehemencia—. Culver me estafó... De pronto, Creed alzó 1a mano.

— ¡Un momento, por favor! —pidió. Volvió la cabeza un instante y gritó—: ¡Eddie, querido, haz el favor de venir!

Baxter parpadeó. Una cortina se agitó a poco y un hombre apareció ante los visitantes.

—Eddie, esta pareja me está molestando —se quejó Creed, ridículamente—. Haz el favor de echarlos, ¿quieres?

Nellie se indignó. Baxter movió una mano, recomendándole calma, mientras estudiaba al Hércules que había surgido segundo antes y que, vestido solamente con un diminuto pantaloncito, muy ajustado a las caderas, parecía estar a punto de concursar para el título de *Míster* Estados Unidos.

Eddie hinchó su poderoso torso, a la vez que sonreía desdeñosamente.

—Lo haré con mucho gusto, querido —contestó.

Y avanzó hacia Baxter, al que pellizcó suavemente la nariz.

—El nene y la nena se van a ir ahora mismo de esta casita, ¿verdad?

Baxter volvió la vista hacia Nellie. La joven estaba muy pálida, pero en su rostro también había asco y repugnancia.

Creed sonreía placenteramente, apoyado en el respaldo de una silla. De súbito, Eddie disparó su puño derecho.

Un brazo se elevó instantáneamente, desviando el golpe con toda facilidad. Al mismo tiempo, Baxter adelantó el pie derecho, golpeando la pierna del mismo lado de su adversario, con lo que le desequilibró por completo.

Eddie quedó con un pie al aire. Antes de que pudiera recobrarse, se encontró vuelto de espaldas a Baxter. Este separó los brazos y volvió a juntarlos con violencia. Los filos de sus manos golpearon duramente los flancos del atleta.

Se oyó un gruñido. Eddie perdió la respiración, instantáneamente. Sin darle tiempo a reaccionar, Baxter adelantó el pie izquierdo y lo puso ante la pierna izquierda de Eddie. Luego, empujó con todas sus fuerzas.

Eddie cayó de bruces. Baxter plantó el pie sobre su cuello y miró a Creed, quien aparecía con la boca desmesuradamente abierta, como

si no creyera en lo que acababa de presenciar.

—Pura fachada —dijo Baxter, despectivamente. Creed se atemorizó.

—Oiga, yo... De todo este asunto, el que más sabe es Will Catheby...

— ¿Cuánto le estafó Culver?

—Sesenta y cinco mil...

— ¿De quién fue la idea de escupir sobre la tumba?

—De Catheby...

— ¿Quién asesinó a Culver?

—Eso no lo sé, —Creed estaba aterrorizado—. Este es un asunto en el que jamás debí haberme metido...

—A Haddock también le asesinaron. ¿Quién fue? La nuez de Creed subió y bajó varias veces.

—Va...vaya a ver a Nicholson... El sabe muchas más cosas... Yo sólo puse un poco de dinero... —balbució.

Baxter retiró el pie. Eddie se volvió y empezó a levantarse, barbotando obscenas imprecaciones. Pero entonces, una rodilla se estrelló contra su nariz y cayó de espaldas, lanzando un aullido de dolor.

—Vámonos, Nellie —dijo el joven.

—Sí, cuanto antes, mejor —convino ella—. Estoy a punto de vomitar. Cuando ya llegaba hacia la puerta, se volvió hacia el dueño de la casa.

— ¡Debieran castrarles, tíos guarros! —gritó. Baxter cogió su brazo y la hizo cruzar el umbral.

— ¡Es preciso ser comprensivo con las debilidades humanas! —exclamó.

— ¡Eso no es debilidad, sino vicio! —replicó ella, colérica—. ¡Dios mío, qué cosa tan repugnante...!

Entraron en el ascensor. Nellie abrió su bolso y sacó cigarrillos. Momentos después, algo más calmada, decía:

— ¿Irás a ver a Nicholson? Baxter hizo un gesto negativo.

—Creed le habrá advertido de mi visita. Dejaré pasar un día o dos, a fin de hacer que baje la guardia. Sin embargo, tú podrás ayudarme..., es decir, si el caso te interesa todavía.

— ¡Claro que me interesa! —contestó Nellie, impetuosamente—. ¿Qué es lo que debo hacer, Budd?

—Te daré la dirección de Nicholson y te encargarás de vigilarle, aunque sin dejarte ver. ¿Entiendes?

— ¡Hecho! ¿Nos vemos a la noche, Budd?

—No puedo garantizarte nada —contestó él, evasivamente—. En todo caso, llámame a casa. Si no estoy yo, la grabadora registrará tu informe.

A Baxter le convenía librarse de Nellie, al menos durante aquel día. Vigilar a Nicholson era un pretexto lo suficientemente hábil para que ella le dejase tranquilo. Desde la acera, sonrió, mientras Nellie daba el contacto de su coche. La joven movió una mano y el automóvil empezó a separarse de la acera.

Entonces, Baxter encendió un cigarrillo y echó a andar, mientras pensaba en la conveniencia de una nueva entrevista con Manny Dealy *el Vaca*.

A la misma hora, alguien llamaba a la puerta de la casa de Creed. Este se hallaba

atendiendo solícitamente a Eddie, cuya nariz aparecía muy inflamada a causa del rodillazo que Baxter le había propinado.

—Sigue así, querido —dijo Creed—, Ese monstruo te ha desfigurado...

—Me pilló desprevenido —gruñó Eddie—, A mí no se me derrota tan fácilmente, ¿sabes?

— ¡Claro, hombre, claro...! Aguarda un momento, voy a ver quién llama...

Creed abandonó el baño, cruzó la sala y abrió la puerta. Un hombre, con grandes gafas oscuras, apareció ante sus ojos.

— ¿Es usted Burt Creed? —preguntó el sujeto.

—Sí. ¿Qué desea?

—Solamente una cosa: taparle la boca.

Los ojos de Creed se dilataron horriblemente. Pero fue lo último que hizo. En la mano del sujeto apareció un revólver de cañón corto, provisto de silenciador. Brilló un leve fogonazo, se oyó un tenue chasquido y Creed, alcanzado directamente entre los ojos, saltó hacia atrás.

Eddie no oyó nada, debido al ruido que hacía el agua al salir por el grifo abierto. Al cabo de unos minutos, cerró el grifo y, extrañado por el silencio, se dirigió hacia la sala. Las piernas le temblaron convulsivamente. Creed yacía en el suelo, con la cabeza doblada a un lado. Un hilo de líquido rojo manaba del agujero que la bala había abierto en el centro de su frente.

Eddie se sintió aterrado. Invadido por un pánico espantoso, corrió a vestirse y, momentos después, había abandonado la casa.

* * *

Baxter usó un taxi para trasladarse a la residencia de Marylou Watson. Al llegar a su punto de destino, pagó la carrera y se apeó. El taxi se alejó de inmediato.

La casa de Marylou estaba rodeada por un cuadrilátero de césped, en el que crecían tres o cuatro árboles frondosos. Baxter pasó junto a uno de ellos. Avanzó un par de metros más y, de repente,

sintió que algo se le enroscaba en el cuello.

Inmediatamente supo de qué se trataba. Era un grueso cordón de seda, de unos dos metros y medio de largo, provisto de una especie de huevo de plomo en uno de sus extremos. El lazo había sido arrojado desde poco más de un metro, con lo que el resto se enroscó velocísimamente en torno al cuello de Baxter. La bola de plomo era el contrapeso que completaba el arma.

Baxter adivinó, en el acto, lo que iba a suceder. El atacante pegaría un seco tirón del lazo, fuerte, muy rápido, y su cuello se quebraría instantáneamente. Por lo menos, quedaría tan aturdido, que no podría resistirse y su asesino completaría la labor de estrangulamiento sin dificultades.

Pero en lugar de resistirse, que era lo que pedía su instinto, se dejó caer hacia atrás, a la vez que echaba las manos en busca del cordón. El asesino, sorprendido, no supo qué hacer durante un instante.

Baxter cayó al suelo, ya con el cordón en las manos. Tiró con fuerza y Johnny Hoo se quedó momentáneamente desarmado.

Instantáneamente, Baxter se puso en pie de un salto, retrocedieron dos o tres pasos y miró en dirección a su atacante, mientras se quitaba el fatídico cordón del cuello. Hoo, rehecho, sacó algo del interior de sus ropas.

En la oscuridad, Baxter vio algo parecido a una manopla de hierro, con puntas de cinco centímetros de largo. Era el *shuko*, la garra de tigre, que podía rasgarle el vientre con un golpe bien asestado.

O quizá el ataque podía dirigirse a su garganta...

Pero él también tenía un arma: el cordón con la bola de plomo.

Hoo encajó la manopla en su mano derecha. En el mismo instante, Baxter, con el cordón en las manos, hizo voltear la bola de plomo sobre su cabeza y luego descargó un terrible golpe contra las piernas de su adversario.

El oriental adivinó sus intenciones y saltó hacia arriba, doblando las rodillas al mismo tiempo. Todavía en el aire, a metro y medio del suelo, con la agilidad de un primer bailarín, disparó hacia adelante.

La puntera del zapato rozó la frente de Baxter, aún ligeramente inclinado hacia adelante. Baxter se tambaleó, pero conservó la suficiente presencia de ánimo para rodar a un lado, esquivando así el siguiente golpe.

Hoo cargó de nuevo. Entonces, algo golpeó su rodilla y le hizo sentir un dolor indescriptible. Desesperadamente, manoteó, tratando de golpear con la zarpa de hierro, pero la bola de plomo hizo chasquear los huesos del antebrazo. Esta vez fue demasiado y perdió el conocimiento.

Baxter inspiró profundamente. Se había salvado por muy poco,

pensó.

Hoo yacía en el suelo herboso, a sus pies. El momento no era muy adecuado para un interrogatorio. Aparte de que era fácil imaginarse el nombre de la persona que había enviado aquel esbirro contra él.

Estudió con la vista los coches estacionados en las inmediaciones. Había uno de aspecto más bien corriente, incluso con un par de abolladuras en la carrocería. Unos minutos después, por la documentación, comprobaba que era el de su atacante.

Johnny Hoo quedó sentado tras el volante, desprovisto de todas sus armas, a unos dos kilómetros de aquel lugar. Empezaba a despertarse, cuando Baxter se alejaba del coche.

Entonces, Hoo se dio cuenta de que estaba atado con su propio cordón de seda a la columna del volante. Dio un fuerte tirón para soltarse, y el claxon se disparó.

Todavía seguía sonando, cuando llegó un coche de patrulla. En aquel instante, Baxter llamaba a la puerta de la casa de Marylou Watson.

CAPÍTULO VII

El vestido era negro, muy ajustado a la opulenta anatomía de la dueña de la casa, y su parte superior era completamente transparente. Debajo de aquel tejido, Marylou no llevaba nada más.

Baxter parpadeó.

—Ahora tengo que decir como en las historietas gráficas: *¡Glub...!*

Marylou sonrió, complacida.

—Es la indumentaria adecuada para una entrevista íntima —dijo, a la vez que se apoderaba del brazo de su visitante—. Ven, ya tengo el hielo preparado.

—En estos momentos, lo que menos me conviene es hielo —contestó él.

—Es para las bebidas, hombre.

—Ya me imagino. Marylou, me siento un caníbal. Ella hizo aletear las pestañas.

— ¿Estás hambriento?

Baxter decidió iniciar la ofensiva y pasó los brazos por el talle de la mujer.

—Hambriento de... eso...

—Antes de comer... siempre se toma un aperitivo —dijo ella, echando el busto hacia atrás.

Baxter buscó, con los labios, el perfumado cuello femenino. Marylou se estremeció.

—Budd, por favor...

— ¡Ríndete! —pidió él—. Si no tienes pañuelo blanco, yo te daré el mío.

—Eres terriblemente directo —jadeó Marylou—. Acabas de llegar y, sin más, ya has pasado al ataque...

Pero los labios de Baxter la impedían hablar. Marylou no se había encontrado nunca con un hombre tan impetuoso. Sintióse invadida por un ardiente vértigo de pasión y se dio cuenta de que era una muñeca de cera en manos de un artista que la convertiría en algo maleable, perdida por completo la voluntad. Placenteramente, cesó de resistirse y se dejó llevar por el hechizo de aquellos instantes.

Mucho más tarde, Marylou extendió lánguidamente sus brazos desnudos.

—Eres terrible... —dijo.

Baxter encendió dos cigarrillos y le entregó uno. Ella inhaló el

humo, largamente.

—No creas —dijo Baxter—. Soy un hombre corrientito. .

Marylou volvió la cabeza y le miró a través de los párpados entornados.

— ¿Corrientito? Parecías un náufrago...

Baxter se inclinó hacia ella y rozó, con los labios, el cálido pecho femenino.

—Adivinaste que me sentía hambriento, y procuraste saciarme —dijo—. No sabes cuánto agradezco esta obra de caridad.

Ella soltó una risita.

—Sí, siempre dijeron de mí que era muy caritativa —contestó.

— ¿También lo decía Culver?

Marylou se puso seria, repentinamente.

— ¿Por qué mencionas a ese repugnante individuo?

—He venido aquí para hablar de él, entre otras cosas, claro. Pero si te molesta, lo dejaremos para una mejor ocasión...

Baxter apartó a un lado la sábana y se sentó en el borde de la cama. Ella tiró de su brazo.

—No tengas prisa, hombre —dijo—. ¿Qué quieres saber de Culver?

— ¿Cuánto te estafó?

—Ochenta mil. Si recuperas esa suma, tendrás dieciséis mil.

—Eso es el veinte por ciento, hermosa.

—Sí.

—Y yo hablé, solamente, del diez.

—Sí.

Baxter miró a su atractiva interlocutora. Ella sonreía de un modo extraño.

—No soy hombre que vive de las mujeres —dijo Baxter.

—He dado por perdidos esos ochenta mil. Por lo tanto, si consigo recuperar sesenta y cuatro mil dólares, será mucho más de lo que podía imaginarme antes de conocerte.

—Muy bien, de acuerdo. Pero necesito información.

Marylou se incorporó un poco, y quedó recostada sobre el codo.

— ¿Qué información? —preguntó.

—Toda.

—Bueno, formamos una sociedad...

— ¿Con documentos públicos y legales?

—No, claro que no. Fue., un acuerdo privado con Culver. Nos iba a ceder la patente de una nueva maquinaria para la extracción de petróleo.

Baxter pensó inmediatamente en Nellie Stoddard. El poder de persuasión de Culver, se dijo, debía de haber sido inagotable.

—En total, unos cuatrocientos ochenta mil dólares, ya que los

socios eran seis —dijo.

—Medio millón. Algunos aportaron un poco menos. Catheby puso cien mil dólares. Por lo tanto, los beneficios se repartirían proporcionalmente a las aportaciones respectivas.

—Y Culver, cedía, por completo, todos sus derechos.

— ¡Claro!

—Pero… ¿cómo estabais tan seguros de que era una maquinaria realmente efectiva?

—Bien, él nos presentó a un reputado ingeniero y prospector, con el título de geólogo, además. Nos enseñaron los planos y nos dieron una verdadera referencia.

— ¿Cómo se llamaba el ingeniero?

—Haddock.

Baxter cerró los ojos, un instante. Sí, el truco del perfecto timador. Un cómplice, debidamente instruido… quizá durante meses, a fin de evitar cualquier tallo en la representación final.

—Un momento —dijo—. ¿Se os ocurrió, siquiera, llevar expertos propios?

— ¡Claro! Larry Sullivan es ingeniero. Él fue quien dijo que era un buen negocio, y nos convenció de que debíamos comprar la patente.

— ¿Cómo se efectuó el pago?

—Yo di un cheque. Culver quería el importe en billetes, pero yo no tenía ganas de andar por ahí con un paquete de dinero. Sullivan tomó mi cheque y dijo que se encargaría de la operación. Ya no supe más, hasta que Catheby me dijo que habíamos sido timados.

Casi antes de que pudiera hacer nada, nos enteramos de la muerte de Culver. Yo me sentía terriblemente furiosa..., y cuando se decidió el funeral por aquel canalla, acepté sin más.

— ¿De quién fue la idea de escupir sobre la tumba de Culver?

—De Sullivan. El también se sentía muy indignado, porque siendo experto, se había dejado engañar como un chino.

—Vi la escena... ¿Quién de los asistentes era Sullivan?

—El gordito.

Baxter pensó de inmediato en el tipo que parecía una bolita, con otra más pequeña por cabeza y dos palitos por piernas.

—De modo que le diste el cheque a Sullivan.

—Así fue, Budd.

Baxter miró, sonriendo, a su bella interlocutora.

—Trataré de encontrar tu dinero —dijo.

Aunque si lo que le habían dicho era cierto, Culver había dejado ir de la mano izquierda lo que había ganado con la derecha. Alguien, sin embargo, se había beneficiado de la incurable afición de Culver a los hipódromos.

—Si lo consigues...

De pronto, Marylou agarró a Baxter por los hombros y le hizo caer de espaldas. Luego volteó para quedar sobre él.

—Ahora debemos dejar de ocuparnos del dinero —jadeó—. Querido, pórtate como un caníbal... Estoy dispuesta a ser devorada...

Baxter mordisqueó suavemente los ardorosos labios femeninos.

— ¿Así?

—Así, querido...

* * *

Dormía apaciblemente, cuando el teléfono le despertó con brusquedad. Alargó una mano y levantó el auricular.

—Baxter —dijo.

—Soy Nellie. ¿Qué haces a estas horas, todavía en la cama?

Baxter abrió un ojo y miró el reloj que tenía sobre la mesilla de noche.

—Dormir —contestó.

— ¡Dormir! —resopló Nellie—, Con la de cosas que han pasado...

— ¿Sí?

—Se han «cargado» a Creed.

Baxter se sentó de golpe en el lecho.

— ¡Nellie!

—Según he leído en un periódico, la muerte ocurrió poco después de nuestra visita,

—Esto sí que es... —Baxter se mordió los labios—. ¿Qué dice el

apolíneo amigo de Creed?

—Nada. El diario no lo menciona en absoluto. Tal vez fue él quien disparó.

—No lo creo. ¿Sabes si los vecinos oyeron algo?

—No. Parece ser que se usó silenciador.

—Pero, entonces, ¿cómo se descubrió el crimen?

—Muy sencillo. Por lo visto, Eddie debió de escapar como alma que lleva el diablo. Estaría en el interior de la casa, como sucedió con nosotros cuando llegamos. Alguien llamó, Creed fue a abrir y recibió el disparo. La puerta quedó entreabierta; Eddie debía estar muerto de miedo y ni siquiera se acordó de cerrar. Unos vecinos que regresaban a su casa vieron el cuerpo tendido en el suelo y avisaron a la policía.

—De modo que Creed ha sido asesinado —murmuró Baxter—, Esto, en cierto modo, clarifica las cosas.

—Yo creo que las oscurece más, todavía…

—No. Parece ser que, en esta ocasión, Culver no se portó como era su costumbre. Y en alguna parte hay medio millón de dólares en billetes, ¿comprendes?

— ¡Por el rabo de una vaca sarnosa! —exclamó Nellie—. ¿Lo crees así, Budd?

—Preciosa, alguien estuvo registrando la casa de Diana Culver a fondo, sin olvidarse de destripar los sillones ni de mirar en el bote de la harina. Es cierto que el difunto Culver sentía una inveterada afición por las carreras de caballos, á lo que debemos añadir alguna que otra partidita de naipes, en las que perdía indefectiblemente, pero no cabe excluir la posibilidad de que, por una vez en la vida, hubiese decidido guardar una parte del dinero ganado con sus timos, concretamente, el que consiguió de los que fueron al cementerio, el día del entierro.

Nellie pareció quedarse muy pensativa unos instantes. Luego dijo:

—Sí, creo que tienes razón. Pero ¿qué dice la hija?

—La hija no dice nada, sencillamente porque no lo sabe.

— ¿Dónde está, ahora? Me gustaría hablar con ella. Era una muchacha tan dulce, tan encantadora…

—Lo siento, Nellie, pero yo mismo lo ignoro. Después de que nos encontramos su casa completamente revuelta, le aconsejé que se cambiase a un hotel. Me llamó, dio su nueva dirección y, cuando supe que había facilitado su verdadero nombre, le dije que se fuese a otro hotel y bajo una nueva identidad. Aún estoy esperando a que me llame.

—Bueno, no tiene importancia. ¿Te veré luego?

—No depende enteramente de mí, guapa. En todo caso, te llamaría.

—De acuerdo, Budd.

Al terminar el diálogo, Baxter fue al baño y luego se dispuso a desayunar. Se preguntó por la conveniencia de hablar nuevamente con el Vaca, pero entonces sonó el teléfono.

—Soy Dolly Carver.

Durante un segundo, Baxter se quedó perplejo, ya que no conocía, en absoluto, a ninguna persona con dicho nombre; pero de pronto, lo recordó todo.

— ¡Oh, sí, Dolly...! ¿Cómo está?

—Muy bien, Budd. ¿Puede darme alguna noticia?

—Hasta cierto punto, Pero me gustaría hablar con usted en persona y no por teléfono.

—Desde luego. ¿Cuándo? Baxter meditó unos instantes.

—Dentro de una hora, en el Parque Central, en las inmediaciones de la doble S del camino que hay cerca del lago. ¿Le parece bien?

— ¡Estupendo!

* * *

Para la ocasión, Baxter se había vestido con cierto exagerado atildamiento; traje de rayitas, chaleco de fantasía, botines, guantes y sombrero de ala abarquillada. Una impoluta camelia relucía en el ojal de su chaqueta y las manos, al estar sentado, se apoyaban en el puño de marfil de un bastón de Malaca.

Una joven llegó, y miró a su alrededor. Era morena, muy esbelta, con un traje sumamente ceñido a su cuerpo de singulares atractivos. La melena de su peinado era muy corta y los tacones de los zapatos tenían casi diez centímetros. La falda tenía una abertura en el costado izquierdo.

Baxter contempló con cierto interés a la mujer, que tenía un vago aire oriental. De pronto, ella se encaminó resueltamente hacia el banco y se sentó a su lado.

—Estoy desconocida, ¿eh? —dijo. Baxter dio un respingo.

— ¡Demonios! —exclamó.

Diana contuvo una risita.

—También a mí me ha costado reconocerle a usted —manifestó —. Parece un petimetre.

—Sí, voy un poco exagerado. Pero me pareció que sería la indumentaria adecuada para pasear por el parque antes de mediodía. Usted parece... una... una oriental...

—La peluca, la falda, el maquillaje... Si alguien me busca, no sabrá reconocerme. Ya fui al hotel con este aspecto y, como usted indicó, bajo el nombre de Dolly Carver. —La muchacha suspiró—. ¡Si me vieran mis alumnos...!

—Algunos mugirían —dijo Baxter, de buen humor.

—Eso no es lo peor. El conserje me ha dicho que, cuando quiera, tiene los nombres de unos cuantos tipos con «pasta». ¡Imagínese, yo, dedicada a «eso»...!

—Dele largas —recomendó Baxter—. Esta situación ya no puede durar mucho. Y, en todo caso, yo la acompañaré al hotel, a fin de que el conserje vea que ya tiene lo que necesita. ¿Ha comprendido?

—Sí, Budd. Bien, ¿qué noticias me trae?

—Quizá buenas para usted, aunque en otro sentido serán desagradables. Ella le miró, intrigada.

—Explíquese, por favor —pidió.

—El que registró su casa no lo hizo por capricho, es decir, suponiendo que se tratase de una sola persona. Parece ser que, al menos en esta ocasión, su padre conservó el dinero que había conseguido con el timo de la maquinaria especial para los trabajos petrolíferos.

Diana se puso una mano en la boca.

— ¿Lo cree así? — preguntó.

—Tengo indicios que me permiten afirmarlo, con grandes probabilidades de certeza — respondió Baxter—, Diana, su padre, que para usted era sin duda un hombre encantador, logró convencer a seis personas de que debían comprarle la patente de una maquinaria especial, de la cual incluso hizo pruebas, con la ayuda de su guardaespaldas Haddock, transformado en «ingeniero». Las personas que compraron esa patente son las mismas que, defraudadas, fueron a escupir a su tumba.

—Un gesto repugnante —calificó la muchacha.

—Es preciso admitirlo, pero también conviene tener en cuenta el estado de ánimo de los estafados. Creed entregó setenta y cinco mil dólares; ochenta mil, la señora Watson; cien mil, Will Catheby..., y así, hasta el medio millón, que, según todos los indicios, su padre reunió en billetes y guardó en alguna parte. Por lo tanto, ese dinero, ahora, es suyo.

Diana hizo un gesto de desprecio.

—No lo quiero —declaró—. Es dinero que procede de un robo, aunque se encubra con la palabra estafa.

Baxter movió la cabeza.

—Teóricamente, así debiera ser, pero también sospecho de que las seis personas que escupieron sobre la tumba de su padre querían, o bien estafarle a él, o estafar a otros, aparte de que ninguno de los hombres tenía un adarme de decencia. En fin, de todos modos, éste es un asunto secundario. Lo que importa es encontrar el dinero y que la dejen a usted en paz.

— ¿Cómo sabe que esos tipos son...?

—Dolly, sonría como si tratase de conquistarme. Súbase la falda

un palmo, rápido — dijo él, de pronto.

—Pero, Budd... —dijo la muchacha, sorprendida.

—Haga lo que le digo. Nos están vigilando.

CAPÍTULO VIII

Diana sintió que se le aceleraba el pulso, pero obedeció. Sin embargo, lo que apareció en sus labios fue una mueca más que la sonrisa de una «profesional». La falda subió un palmo y dejó al descubierto unas piernas realmente preciosas.

Baxter fingió sentirse muy entretenido en la contemplación de las extremidades inferiores que se le ofrecían con tanta prodigalidad. Pero, de pronto, sonó una voz burlona:

—Sí, tiene unas piernas muy bonitas, pero no nos engaña. Hemos encontrado al tipo que buscábamos.

Baxter alzó la cabeza. Delante de él estaban dos tipos, a uno de los cuales ya conocía. Era el hombre de la ceja partida.

Su compañero no tenía mejor aspecto, aunque resultaba evidente que sustituía al del brazo roto. Baxter les contempló con trío desdén.

— ¿Qué es lo que quieren? —preguntó.

—El jefe quiere hablar con usted.

—Catheby.

—El mismo.

—Catheby me toma por tonto. Si quiere hablar conmigo, ¿por qué no usa el teléfono? Al menos, para concertar una cita...

Ceja Partida hizo un gesto con el índice.

— ¡Vamos! ¡Y tú, zorra, lárgate! —indicó a la muchacha.

— ¡Oh...! —se sofocó Diana—, Me ha llamado...

—Lo que eres —rió el otro esbirro—. ¡Anda, vete! Baxter se levantó.

—Apártate, guapa.

Diana se separó unos pasos. Ceja Partida dijo:

—Le aconsejo que nos siga sin hacer resistencia, o será peor para usted.

— ¿Por qué no se acercan un poco más? —preguntó Baxter, desafiador. El otro hampón dio un par de pasos hacia adelante.

—He oído hablar mucho de sus trucos, pero, conmigo, no le servirán —dijo, fanfarrón. Y disparó su puño derecho, pero, en el mismo instante, un bastón de madera muy dura, moviéndose velocísimamente, golpeó sus nudillos.

Se oyó un aullido de dolor. El hampón dio un paso atrás, frotándose la mano dolorida. Baxter lanzó el bastón al aire, con la habilidad de un tambor mayor, y luego lo bajó de nuevo, golpeando

ligeramente la frente de su adversario. El esbirro se desplomó instantáneamente, como un buey apuntillado.

Diana, estupefacta, contemplaba la pelea, sin dar crédito a las imágenes que llegaban a sus retinas. Mientras tanto, Baxter se disponía a enfrentarse con el otro sujeto.

Pero entonces vio una extraña sonrisa en los labios del hampón. Ceja Partida, pensó, no sonreía por ver derrotado a su compinche.

Una súbita sospecha invadió su ánimo. Los dos hampones no habían venido solos. Empezó a volverse. En el mismo instante, Diana lanzó un chillido:

— ¡Cuidado, Budd, a su espalda!

Baxter completó el giro, justo en el instante en que a diez pasos, alguien movía el brazo derecho, para disparar un pesado cuchillo.

Durante una fracción de segundo, Baxter entrevió un rostro que le pareció conocido. El tipo que lanzaba el cuchillo era el mismo que había intentado estrangularle la víspera. Algunos no escarmentaban, pensó.

Con relampagueante movimiento, se echó a un lado, a la vez que alzaba un poco el bastón, en un instintivo movimiento de defensa. El cuchillo, disparado con increíble potencia, cortó en dos el bastón, con la misma facilidad que si hubiera estado hecho de chocolate.

La mitad superior del bastón, con puño de marfil, cayó al suelo. Pero entonces, lleno de pánico, Johnny Hoo advirtió que había quedado indefenso frente a un adversario al que sabia sobradamente que le era imposible superar.

Hoo dio media vuelta. Entonces, Baxter se inclinó y, tras recoger la mitad del bastón, lo lanzó hacia adelante. La bola de marfil rozó lateralmente el cráneo del oriental, quien se desplomó sin sentido, en el acto.

Inmediatamente, Baxter se volvió, dispuesto a enfrentarse con el tercer miembro de la cuadrilla, pero Chick Fewly, prudente, había emprendido una más que presurosa retirada.

—Se ha marchado —dijo Diana.

— ¡Y nosotros también! —exclamó Baxter—, ¡Vámonos!

La chica no se hizo repetir el consejo. Minutos más tarde, salían del parque.

—Es usted temible —dijo ella—. Todavía me parece verle luchando, solo, contra esos tipos... Budd, querían matarle.

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—Alguien tiene interés en que no meta las narices en sus asuntos.

— ¿Por el medio millón?

—Quizá por los asesinatos cometidos. Diana hizo un gesto de

asentimiento.

—Sí, es posible que tenga razón —convino—. Pero ¿por qué esas muertes, Budd?

—La respuesta es sencilla: por medio millón de dólares.

* * *

Will Catheby miró con asombro al elegante sujeto que había penetrado, segundos antes, en su despacho. Durante el trayecto, Baxter se había provisto de un bastón análogo al perdido en la refriega, y ahora, sentado en una butaca, apoyaba indolentemente ambas manos en el puño.

El asombro de Catheby se debía a las palabras que acababa de escuchar, más que a la apariencia personal de Baxter.

—Le aseguro que no entiendo nada, en absoluto, de lo que está diciéndome — manifestó, después de que el visitante hubo terminado su breve relato.

—Por favor, no crea de mí que soy un hombre ingenuo —dijo Baxter apaciblemente—

Sus dos esbirros fingieron atacarme, pero, en realidad, lo que querían era distraer mi atención para que un tipo oriental me ensartase con su cuchillo. Precisamente, el mismo que anoche quiso estrangularme.

—Bueno, es que yo...

—Catheby, no me venga con excusas. Usted ordenó asesinarme.

—Sí, pero me lo he pensado mejor...

—Ahora, después de mi visita, ¿verdad? —dijo Baxter, sarcásticamente.

—Por favor, escúcheme: en lo de hoy no he tenido yo la menor intervención. Sólo ordené que le siguieran...

—Entonces, ¿por qué diablos me provocaron sus dos gorilas? Catheby emitió una maldición a media voz.

—Estoy empezando a pensar algo... Quizá ellos quisieron desquitarse por su cuenta...

—No me diga —se burló Baxter.

— ¡Le juro que estoy diciendo la verdad! Yo sólo quería vigilarle de cerca.

— ¿Por qué?

— ¡Maldita sea! ¿Qué diablos le hizo meter las narices en un asunto que no le interesaba en absoluto?

—Una repugnante ceremonia: cinco hombres y una mujer, escupiendo en la tumba de

Alfred Culver.

—A mí me «birló» cien mil dólares.

—Ya lo sé. El total del botín asciende a quinientos mil, billete más o menos. Y usted quiere encontrar ese dinero, ¿verdad?

Catheby desvió la mirada.

—Culver era un manirroto. Se lo gastaría todo en las apuestas...

—Pero parece ser que, esta vez, guardó el dinero en alguna parte. ¿Se le ocurre a usted algún motivo para explicar ese insólito cambio de actitud?

—No, realmente, me resulta incomprensible.

—Y quiere encontrar el medio millón. Catheby sonrió burlonamente.

— ¿Usted no? —preguntó. Baxter se puso en pie.

—Voy a darle un consejo: déjeme en paz. Métase esa idea en la cabeza y todo marchará mejor para usted.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Al abrir, se dio de manos a boca con Fewly.

— ¡Oh, es usted! —sonrió—. Esta mañana olvidé darle algo...

El bastón se disparó hacia el estómago del sujeto, quien se curvó, en el acto, hacia adelante. Baxter se situó a sus espaldas y golpeó con el pie las indefensas posaderas de Fewly. El hampón corrió

media docena de pasos, tropezó con un sillón y acabó por caer al suelo, mientras Catheby contemplaba la escena con ojos desorbitados por el asombro.

Fewly se sentó poco después, frotándose con la mano el todavía dolorido estómago.

—Jefe...

— ¡Vete, inútil! —barbotó Catheby—, ¡Sal de aquí, especie de basura!

—Deje que le explique...

—No me expliques nada. Has fracasado, y a mí no me gusta tener a mi servicio tipos que no saben siquiera dónde tienen la mano derecha. ¡Largo!

Los ojos de Fewly brillaron malignamente.

—Tendrá que lamentarlo —dijo, con torvo acento.

Catheby agarró un pesado cenicero y se dispuso a arrojarlo contra el insolente, pero

Fewly sacó su pistola y la blandió amenazadoramente.

— ¡Cuidado! —avisó—. Me voy, pero no se le ocurra siquiera tocarme o le meteré una bala en su puerco estómago.

Los dientes de Catheby crujieron de rabia. ¿Cómo era posible que un hombre como Fewly, incondicionalmente fiel hasta aquel momento, hubiese cambiado de forma tan radical?

Se preguntó si alguno de sus socios le estaba traicionando.

* * *

—El asunto, a mi entender, es que esta vez, Culver dejó medio millón de dólares en alguna parte —dijo Baxter, sentado en un cómodo butacón.

Nellie, envuelta en tules rojos y negros, se acercó a él con dos copas en las manos.

—Medio millón —repitió.

—Para ti, una fruslería. —Baxter aceptó la copa y tomó un sorbo —. Pero, de todas formas, eso no explica el asesinato.

—Quizá Diana quiso vengarse de uno de los que habían ultrajado la tumba de su padre —apuntó Nellie.

—No me parece la clase de persona capaz de tomar venganza por un hecho semejante. No, ella no fue...

—Entonces, ¿quién lo hizo?

Nellie se había sentado en el brazo del sillón. Su cuerpo, cálido y perfumado, estaba muy cerca del de su visitante.

—No tengo la menor idea. Si quieres que sea sincero, te diré que me encuentro completamente desconcertado.

De pronto, Baxter se puso en pie.

— ¿Te marchas? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí. Ya sabes tanto como yo.

—Creí que te quedarías un poco más —dijo Nellie, decepcionada.

—Tengo que ver a un conocido… Voy a ver si consigo más informes, ¿comprendes?

—Budd, hay en ti algo que me extraña muchísimo —dijo Nellie.

— ¿Sí?

—No eres detective privado, pero actúas como si lo fueses… Baxter se echó a reír.

—Soy muy curioso —dijo.

—Esa no es una respuesta —se quejó ella.

La mano masculina pellizcó una mejilla de piel aterciopelada.

—Conténtate con lo que has oído… —dijo Baxter. Besó suavemente sus labios y se encaminó hacia la puerta—. Mañana intentaré estar libre de compromisos.

— ¿Y…?

—Saldremos a cenar juntos.

—Si me fallas, te arrancaré los ojos. Baxter abrió la puerta.

—Duerme bien, preciosa —se despidió.

Una hora más tarde, estaba encaramado en un taburete. Manny Dealey le miró con reticencia.

— ¿Qué sucede esta vez? —preguntó.

—Tengo muchas dudas —manifestó Baxter.

—Esto no es un consultorio sentimental —se burló el confidente.

—Las dudas se refieren a medio millón, Manny. Por lo visto, esta vez los apostadores no hicieron su agosto con Culver.

— ¡Caramba, me sorprendería verdaderamente…!

—Tengo sospechas muy fundadas sobre el particular, aunque no me imagino dónde pudo esconder el dinero. Ahora bien, si supiera exactamente los motivos por los cuales actuó de una forma tan distinta a la habitual, podría encontrar alguna pista, ¿no te parece?

—Es posible —convino Dealey—, Pero yo no sé nada…

— ¡Si el doctor Curliz estuviese vivo! —suspiró Baxter.

—Curliz tenía que acabar así, un día u otro. Pero, de todas formas, no me parece el médico adecuado para tratar una posible enfermedad de Culver.

Baxter respingó ligeramente.

— ¿Cómo has dicho, Manny?

—Hace algunos meses me encontré con Culver y vi que no tenía buena cara. Me dijo que se sentía un poco enfermo, pero no dio más detalles. Por lo tanto, si fue a consultar a un médico, no fue a Curliz… Es decir, podía pedirle un par de aspirinas o una purga, pero nada más.

—Eso es muy interesante. Sigue, sigue, Manny —pidió Baxter,

ávidamente.

—Ahora bien, hay algo que decir en favor de Curliz, y es que tenía un ojo clínico excepcional. Quizá descubrió algo raro en Culver y le aconsejó que fuese a ver a un especialista. Pero eso quizá, se lo podría decir Emma Drove, la enfermera del doctor Curliz.

—De modo que el matasanos tenía una enfermera...

— ¡Oh, sí, una chica...! Bueno, tenía un cuerpo sensacional, pero era de la clase de mujeres a las que hay que taparles la cara cuando uno se acuesta con ellas... Quiero decir con una sola a la vez...

Baxter sonrió, divertidamente.

—Era fea, ¿eh?

Dealey torció el gesto.

—Como digo, tenía un cuerpo monumental, pero su pelo parecía el de una rata tiñosa y, además, usaba gafas con cristales de culo de vaso. No se la podía mirar del cuello para arriba, créame.

—Muy bien, Manny, te has ganado una buena comisión. —Baxter sacó cinco billetes de diez dólares—. Dime, ¿dónde vive Emma Drove?

— ¡Ahí sí que le fallo! —contestó el soplón, luego de apoderarse del dinero—. Emma se despidió de su empleo un par de meses antes de la muerte de Culver.

Baxter torció el gesto.

—Y no sabes dónde vive.

—Nadie ha vuelto a varíe desde entonces. Se ha convertido en humo —respondió

Dealey.

—Manny, habrá diez billetes más si averiguas dónde puedo encontrar a la enfermera —dijo Baxter.

—Será muy difícil...

—Doscientos. Dealey suspiró.

—Haré lo que pueda —repuso. Baxter se apeó del taburete.

—Ya sabes mi número de teléfono —dijo—. Espabílate, Manny.

—Lo intentaré...

—Harás todos los imposibles y, si se presenta algún gasto imprevisto y puedes solucionarlo en el acto, pásame luego la factura. En caso contrario, llámame de inmediato. ¿Entendido?

—Entendido.

Baxter abandonó el bar. Las noticias sobre el supuesto mal estado de salud de Culver podían representar un giro imprevisto en el caso.

Si Culver estaba realmente enfermo, ¿qué médico le había atendido?

CAPÍTULO IX

—No —dijo Diana, al día siguiente—, nunca tuve noticias de una enfermedad de mi padre. El no habló, para nada, de su salud deficiente.

— ¿Cuándo le vio usted por última vez? —preguntó Baxter.

—Hace unos seis meses... Pero ¿qué tiene que ver eso con su asesinato?

—Tal vez más de lo que pensamos, querida —sonrió el joven—. Dígame: ¿cómo le vio la última vez que estuvieron juntos?

—Bien..., aunque un poco pálido y algo más delgado que de costumbre, aunque dijo se debía a un exceso de trabajo. Yo le recomendé se tomara unas vacaciones, pero ni en sueños se me ocurrió pensar podía tratarse de una enfermedad.

—Quizá estaba realmente enfermo, y muy grave... Si pudiera encontrar a Emma

Drove... Claro que ya tengo a un hombre sobre la pista...

— ¿Quién es Emma Drove?

—La enfermera del doctor Curliz. Seguramente ella nos podría dar datos muy interesantes. Curliz ya no está en condiciones de hablar, claro, pero sí la enfermera.

—Bien, a pesar de todo, la vida de mi padre terminó por un asesinato y no por una enfermedad, aunque el doctor Curliz firmase un certificado en este sentido.

Baxter hizo un gesto de asentimiento.

—Cierto, pero saber qué puede haber de cierto en la posible enfermedad de su padre nos ayudaría mucho —insistió.

— ¿Por qué?

—Esta vez dejó medio millón de dólares en alguna parte, en lugar de derrocharlos en las apuestas hípicas.

—Yo no quiero ese dinero...

—Habría que ver si quienes se lo dieron a su padre lo poseían legalmente. Ninguno de ellos me parece persona recomendable, empezando por Will Catheby, jefe de un pequeño *gang*. Ninguna persona decente iría a escupir sobre la tumba de un muerto, por mucho daño que éste le hubiera hecho.

—A pesar de todo...

— ¡Déjeme a mí! —Baxter alzó la mano—. Lo único que tiene que hacer usted es aguardar, aquí, unos días, muy pocos. Yo me ocuparé de todo.

— ¡Pero eso le costará dinero! —exclamó Diana,

—Si encuentro ese dinero, tengo garantizada una recompensa que cubrirá holgadamente mis gastos.

La entrevista había tenido lugar en el hotel en que Diana se hospedaba bajo el nombre de Dolly Carver.

—Volveré a verla —se despidió Baxter.

Momentos después, estaba en la calle. Un cuarto de hora más tarde, se dio cuenta de que era seguido.

El coche de sus perseguidores era grande y potente. Había dos tipos en el asiento delantero.

Durante largo rato, condujo con toda normalidad. El hombre a quien iba a visitar,

Thad Nicholson, residía en una casa de campo, en Long Island. Una hora después de haberse separado de la muchacha, comprobó que el coche de los desconocidos seguía su misma ruta.

De pronto, se metió por un camino angosto, que serpenteaba entre árboles. Pisó el acelerador a fondo y se despegó de sus perseguidores por unos momentos. Cuando vio un espacio despejado, frenó en seco, retrocedió, virando, y se apartó del camino en marcha atrás, oculto su automóvil tras unos arbustos de gran frondosidad.

Apenas treinta segundos más tarde, Baxter vio pasar, rugiendo, el coche perseguidor. Sin embargo, no se movió de aquel lugar.

Esperó, fuera de su automóvil. En la mano tenía el bastón que había sustituido al destrozado por el cuchillo del oriental.

Dos minutos más tarde, el otro automóvil pasó en sentido contrario, a marcha lenta. Entonces oyó un grito:

— ¡Está aquí, tú! ¡Para!

Se oyó ruido de frenos. Dos hombres saltaron del coche y corrieron fuera del camino. Entonces, Baxter, silenciosamente, atacó rápida y contundentemente.

Sonaron dos chasquidos. Baxter evitó el empleo de demasiada fuerza, para no quebrar unos cráneos humanos. Le bastaba con dejar a los esbirros sin sentido, durante unos minutos.

Cuando los vio en el suelo, les registró minuciosamente, apoderándose de dos pistolas, que lanzó a lo lejos, entre la espesura. Luego, los escondió debajo de unas matas.

A continuación, apartó el otro coche del camino y deshinchó las cuatro ruedas. A fin de evitar que rodasen, aunque fuese despacio, unos cientos de metros en busca de una gasolinera que sabía cercana, arrancó todos los cables de las bujías. Hizo unos cuantos estropicios más en el motor y, finalmente, volvió a su coche.

Diez minutos más tarde, llamaba a la puerta de Thad Nicholson.

* * *

Nicholson miró con aire irritado al joven que acababa de hacerle una pregunta que estimaba insolente.

— ¿Y a usted qué diablos le importa? ¿Por qué mete la nariz donde no le han llamado?

¿Quién le autoriza a investigar algo que no es, en absoluto, de su competencia?

Baxter se echó a reír.

— ¿Por qué no sigue haciéndome preguntas? Todas ellas, sin embargo, podrían recibir una respuesta común. Por ejemplo, los ochenta o noventa mil dólares que le timó Culver… y la muerte de éste, y la de su ayudante, y la del consocio Creed…

La frente de Nicholson se cubrió de sudor.

— ¡Maldito canalla! —barbotó entre dientes—, ¡Bien supo engañarnos…!

—Pero usted es ingeniero, creo.

—Me pareció una cosa práctica.

—Y aconsejó a los consocios que aceptasen el asunto.

—Yo mismo arriesgué mi dinero, así que no había por qué dudar de que fuese una buena operación, ¿verdad?

—Señor Nicholson, se han cometido varios asesinatos, todos ellos de personas relacionadas con la estafa de que les hizo objeto Culver. ¿No tiene usted alguna idea de quién puede ser el asesino?

—En absoluto. Alguien quiso desquitarse de un estafador y de su cómplice…

—Sí, pero ¿qué me dice de Creed? El también había perdido dinero. Nicholson torció el gesto.

—Quizá le asesinaran para…, bueno, para encubrir sospechas… Eso desviaría la atención de la policía, ¿no cree?

—No lo sé, yo no soy policía —sonrió Baxter.

—De todas formas. Creed nunca me gustó. Entró en la sociedad, contra mi opinión.

— ¿Quién apoyó su, digamos, ingreso?

—Catheby, ¿quién diablos iba a ser? Para mí, Creed no era sino un hombre de paja suyo, al objeto de tener una mayor participación en el negocio. Entre los dos sumaban ya, ciento setenta y cinco mil dólares. ¿No lo sabía? Creed era el gerente de un club nocturno propiedad de Catheby y hacía cuanto le ordenaba su amó.

—Voy entendiendo.

—Y, por si fuese poco, los ochenta mil dólares de la Watson también salieron del bolsillo de Catheby. De esta manera, habría conseguido la mayoría de acciones, lo que significa el control de la sociedad, cuando se hubiese constituido de forma legal.

—Uno se entera de cosas que no se hubiera imaginado antes jamás —dijo Baxter, sonriendo—. Señor Nicholson, no sabe cuánto le

agradezco sus informes. Y, créame, si consigo recuperar ese medio millón, le devolveré el dinero invertido en la operación.

El gordito hizo una mueca.

—Lo doy por perdido —contestó—. Tengo ya más de cuarenta años y creía ser un hombre de mucha experiencia, pero piqué como un incauto. Bien, esto me servirá para la próxima.

—Encontraré su dinero...

—Sí, en las cajas fuertes de los apostadores —dijo Nicholson, cáusticamente.

—Esta vez, parece que Culver guardó el dinero en alguna parte. Nicholson se puso tenso.

— ¿Seguro?

—Moderadamente seguro.

—Señor Baxter, no sé quién diablos es usted ni me importa, pero si recupera mi dinero, le concedo ya, desde aquí, el quince por ciento.

El joven se inclinó ligeramente.

—Haré lo que pueda —contestó.

Sí, Nicholson, pensó al salir, era un tipo inocente, aunque se había dejado arrastrar por otros a la detestable ceremonia de escupir sobre la tumba de una persona recién enterrada. Pero había que meterse en su pellejo para comprender lo que sentía. No solamente había perdido muchos miles de dólares, sino que había sido engañado, y, por ende, humillado en su orgullo de profesional serio y competente.

Nicholson le llamó cuando salía:

—Señor Baxter...

— ¿Sí?

—El quince por ciento de ochenta y cinco mil dólares son doce mil setecientos cincuenta. Téngalo bien presente.

—Es una cifra que resulta difícil de olvidar, señor Nicholson.

Diez minutos más tarde, se encontró con dos abatidos individuos que empujaban un coche, a brazo. Al pasar junto a ellos, Baxter tocó el claxon y saludó alegremente con la mano. Aceleró, cuando vio que uno de los tipos buscaba una piedra; no sentía el menor deseo de una abolladura en la carrocería.

* * *

—Tengo noticias para usted —dijo Dealey aquella misma noche.

—Adelante —invitó Baxter.

—En primer lugar, debe saber que no he conseguido averiguar el domicilio de Emma

Drove...

—No son buenas noticias —se quejó el joven.

—Aguarde, hombre; déjeme hablar, Emma vivía en la vecindad,

un par de manzanas más abajo que el doctor Curliz. A los pocos días de despedirse de su empleo, alguien la vio salir vestida con ropas caras y elegantes, y un par de maletas de piel auténtica. Aún llevaba puestas las gafas, pero eran de otro modelo, mucho más atractivo. Incluso se había teñido y arreglado el pelo, de modo que estaba casi irreconocible. A no ser porque salía de su piso, los vecinos habrían dicho que se trataba de otra mujer.

— ¡Fantástico! ¿Qué más, Manny?

—Ella, por lo visto, dijo que había recibido una pequeña herencia y que se mudaba de barrio, porque iba a tomarse unas vacaciones y que luego se emplearía en un hospital de lujo. Desde luego, nadie la ha vuelto a ver después.

— ¿Eso es todo?

—No. Aún queda el último detalle. El alquiler de la casa donde vivía Curliz ha sido renovado. Por lo visto, el matasanos teñía un hermano, quien envió un cheque al administrador de la casa, diciéndole que le había sido imposible acudir al funeral y que deseaba seguir, por el momento, pagando la renta del apartamento. El hermano añadía que un día iría a recoger las cosas del muerto, pero que, ahora, le era imposible por sus negocios. Nada más.

—No deja de ser una buena información, Manny —elogió Baxter.

—Sobre todo, si se tiene en cuenta que el doctor Curliz jamás tuvo un hermano.

— ¿Qué dices?

—Lo que ha oído..., y lo que le escuché yo en más de una ocasión. Curliz no tenía familia,

Baxter meditó unos instantes. Luego dijo:

—Manny, haz lo imposible por ver esa carta y enterarte de su procedencia. Doscientos cincuenta dólares si lo consigues.

—De acuerdo.

El teléfono volvió a la horquilla. Baxter se sentó en una butaca y encendió un cigarrillo.

Koye entró silenciosamente y le preparó una copa. Un cuarto de hora más tarde, Baxter se puso brusca mente en pie y se acercó al teléfono.

* * *

—Me has asustado con tu llamada —dijo Marylou Watson, media hora más tarde—.

¿Qué te sucede? ¿Es algo muy grave?

Baxter rozó, con sus labios, la maquillada mejilla de la mujer.

—No —contestó—. Simplemente, era algo que no conviene se hable por teléfono. Por eso te llamé, para saber si podías recibirme.

Pero no es nada grave, insisto.

Marylou se puso una mano sobre el pecho opulento.

—No sabes el peso que me quitas de encima. Bien, ¿de qué se trata?

—De la suma que te estafó Culver.

—Ya conoces la cifra y sabes que te daré el veinte por ciento...

—Eso lo sé, pero hay algo que debes confirmarme. El dinero no era tuyo. Marylou enrojeció vivamente.

—Bueno, no; me lo prestó Catheby...

—Pero tú entregaste un cheque.

—Tenía que hacerlo así. El me dio las instrucciones después de ingresar esa suma en mi cuenta.

— ¿No te diste cuenta de que se trataba de un asunto nada limpio?

—Catheby me tenía cogida por el cuello —confesó ella, muy turbada—. Incluso tuve que ir al cementerio el día del entierro...

De repente, Baxter sospechó que la ceremonia de seis personas escupiendo sucesivamente sobre la tumba de un estafador no se debía únicamente al odio que las víctimas sentían por el difunto.

CAPÍTULO X

Durante unos segundos, permaneció silencioso, mientras se servía una copa. Marylou, parada frente a él, le miraba fijamente, mientras su pecho de amplias redondeces subía y bajaba con cierta rapidez.

Ella fue la primera en romper el silencio:

— ¿En qué piensas? —preguntó.

— ¿De quién fue la idea de ir al cementerio, a escupir sobre la tumba de Culver?

—Catheby lo ideó...

— ¿Os dio alguna explicación? Ya, ya sé qué diría que Culver era un canalla, además de otras lindezas por el estilo, pero quiero que me digas si sospechaste algo en la actitud de Catheby.

—No —respondió Marylou—. No nos dio explicaciones, aparte de lo que ya sabes. A mí no me gustó demasiado, pero tuve que hacerlo.

—A los demás, supongo, les encantaría hacerlo. ¿Por qué tuviste que ir a la fuerza, Marylou?

Ella remoloneó un poco.

—Chantaje —murmuró.

— ¿Tiene pruebas contra ti... de lo que sea?

—Sí, en su caja fuerte...

— ¿Qué clase de pruebas?

—Budd, por favor...

— ¡Vamos, habla; soy de confianza!

—Bueno, unos cheques contra tina cuenta sin fondos...

Baxter paseó la mirada por la decoración que le rodeaba. Demasiados lujos para quien, seguramente, no tenía el dinero que quería aparentar.

— ¿Tiene esos cheques en su caja fuerte? —preguntó.

—Sí.

—Los rescataré, y Catheby ya no tendrá fuerza para obligarte a nada. Marylou avanzó impulsivamente hacia el joven y le tomó ambas manos.

—Budd, querido, si lo consigues, cuenta con mi agradecimiento... Tengo un pretendiente, en bastante buena posición..., pero Catheby no quiere que me case con él...

— ¡Egoísta! —sonrió el joven.

—Una vez al mes, juega en su casa una partida muy importante,

con varios sujetos de excelente posición económica. Yo tengo que asistir, bien vestida, muy escotada... Baxter contempló unos instantes a la hermosa mujer que tenía ante sus ojos. Sí, en las condiciones descritas, Marylou debía de representar un elemento harto perturbador para un jugador que debía concentrarse en los naipes.

— ¿Es fuerte la partida?

—Mucho. A veces cambian de mano hasta cincuenta mil dólares... No hay fichas, sólo billetes, la mayoría de cien.

—Y la mayor parte de las veces es Catheby el que gana.

—Sí.

—Bueno, procuraré que te cases con tu pretendiente —dijo Baxter, sonriendo comprensivamente—. Pero me engañaste, al decir que me darías el veinte por ciento...

—Tengo algo de dinero —se sonrojó ella—, Catheby me da siempre una cantidad para mis gastos. Depende de lo que gana en esas partidas...

—Sí, ya me lo imagino. ¿Puedo usar el teléfono?

— ¡Claro!

Baxter hizo una llamada. Su destinatario era El Vaca, quien, en un principio, protestó airadamente, pero luego, ante la promesa de una buena recompensa, acabó por ceder.

—De acuerdo, lo buscaré —dijo—. ¿Para cuándo?

—Mañana, poco antes de las doce.

—Está bien.

Baxter dejó el teléfono en su sitio y volvió al bar.

— ¿Cuántos son los cheques? —preguntó.

—Seis. El importe total asciende a casi veinte mil dólares —contestó Marylou.

—Los encontraremos —prometió el joven, quien ya tenía en sus manos un frasco de vidrio tallado y una copa.

Súbitamente, Marylou le vio girar un cuarto a su derecha y alzar el brazo. El frasco se disparó con indescriptible violencia y fue a estrellarse contra el pecho de un hombre que se adelantaba silenciosamente, con un puñal en la mano.

* * *

El tremendo impacto arrojó al individuo hacia atrás, haciéndole caer de espaldas, al pie de la ventana por la que se había introducido con el sigilo de una serpiente. Pero, casi en el mismo instante, otro individuo penetró de un salto y se arrojó contra el joven, blandiendo igualmente un puñal, a la vez que lanzaba un seco grito:

— *¡Kiai!*

Marylou dio unos pasos hacia atrás, con las manos en la boca y los ojos completamente abiertos, mientras contemplaba la increíble

escena, que le parecía producto de una pesadilla, Baxter, por su parte, reconoció en el acto la clase de arma que utilizaba su atacante.

Era un *kozuka,* el puñal de acompañamiento o reserva del *samurai,* dotado de un filo semejante al de una navaja de afeitar, con una hoja de más de treinta centímetros de largo y el lomo lo suficientemente sólido para aguantar el más fuerte impacto contra una superficie dura.

El golpe del intruso estaba dirigido contra la frente de Baxter. De haber alcanzado su objetivo, la hoja habría hendido su cráneo como si hubiese sido un melón maduro. Era el *Kiri-komi* o corte a la cabeza y Baxter conocía muy bien la *Kata* del arte del *Judo* con que debía contrarrestar el ataque.

Cuando el arma bajaba, Baxter alzó las manos para agarrar la muñeca de su adversario, al mismo tiempo que giraba un cuarto de vuelta sobre su pie izquierdo y retiraba el derecho. El atacante se inclinó y Baxter, actuando con la velocidad del rayo, bloqueó el brazo enemigo por la parte del codo bajo su sobaco izquierdo. Inmediatamente, ejecutó una violenta torsión de la muñeca y el arma cayó al suelo.

Luego soltó al intruso, disponiéndose a un nuevo encuentro, pero estaba equivocado: el sujeto, sorprendentemente, dio media vuelta y se lanzó de cabeza a través de la ventana. Cayó, protegiéndose con las manos, dio una voltereta y, tras levantarse con enorme agilidad, desapareció a todo correr.

La sorpresa de Baxter fue doble, porque el primer atacante había escapado igualmente, dejando en el suelo un rastro de vidrios rotos y licor derramado. No obstante, se sintió muy aliviado de que el combate hubiese terminado de forma incruenta. De otro modo, la policía habría tenido que intervenir y se habrían producido complicaciones que deseaba evitar.

Marylou tenía el rostro como la nieve. Baxter se acercó a ella para confortarla.

—Ya se han marchado —dijo, tomándola de las manos—. No hay motivos para sentir temor.

—Pe... pero ¿quiénes eran...?

—Me siguieron el otro día —contestó él, pensando en los dos sujetos a quienes había inutilizado el automóvil—. ¿Los conocías tú?

—Jamás los había visto en mi vida —contestó ella.

Baxter se sentía muy extrañado. Aquellos tipos no eran de la clase de hampones que hubiese utilizado Catheby. ¿Quién más tenía interés en el medio millón de dólares que Culver había escondido en alguna parte?

Forzó una sonrisa.

—Debo irme —manifestó—. Marylou, ha sido una entrevista

muy instructiva. Gracias por todo y cuenta que muy pronto Catheby ya no tendrá el menor poder sobre ti.

—Te lo agradeceré mientras viva...

—Mientras viva, recordaré, también, ciertos momentos que pasamos juntos — contestó él, a la vez que se inclinaba para rozar con sus labios la mejilla de la hermosa mujer.

CAPÍTULO XI

Jackie Colman parecía tener rayos X en los dedos. Baxter se quedó asombrado de la facilidad con que abría la caja fuerte de Catheby.

—Ahí está —dijo el ladrón, a la vez que hacía un amplio ademán.

Baxter empezó a sacar papeles de la caja. De pronto, encontró un sobre con el nombre de Marylou Watson en el anverso. Examinó su interior. Sí, allí había media docena de cheques firmados por Marylou.

Guardó el sobre en el bolsillo de su chaqueta. Luego eligió un delgado fajo de billetes de a cien. Debía de haber unos cincuenta.

—Toma, Jackie —dijo.

El ladrón soltó una risita.

—La verdad, nunca llegué a imaginarme que alguien, un día, me contratase para robar a Catheby —dijo.

— ¿Lo lamentas?

—Estoy dando saltos de alegría.

—Además de dar saltos de alegría, tienes que hacer otra cosa, Jackie.

—Sí, señor. ¿Qué es?

—Cerrar el pico

—Desde luego.

— ¡Anda, deja todo tal como estaba!; no quiero que Catheby se entere, hasta que haya pasado cierto tiempo.

Minutos más tarde, los dos hombres, convertidos en sendos fantasmas, abandonaban las oficinas del supuesto consejero de inversiones.

En la calle, se separaron. Al despedirse, Coleman dijo:

—Cuando tenga otro trabajito del mismo estilo, avíseme.

—Descuida.

Baxter aprovechó el mismo sobre, para completarlo con la dirección de Marylou. Encontró no lejos de aquel lugar un *drug-store,* compró un sello y puso la carta en el buzón que había en el mismo local. Luego, silbando a medio tono, satisfecho de sí mismo, se encaminó en busca de su coche.

* * *

Tres días más tarde, el doctor Stone, cuyo rastro había

encontrado Baxter después de no pocos esfuerzos, consultó sus ficheros y, efectivamente, halló la carpeta correspondiente a Alfred Culver.

Minutos después, Baxter, por boca del doctor, confirmaba sus primeras sospechas. Al terminar, preguntó al galeno qué le debía. Stone dijo que nada, pero añadió algo que llamó la atención del joven:

—Resulta curioso. No es usted el primero que me pregunta por la enfermedad del difunto Culver, aunque su hermano vino mucho antes que usted, en realidad, hace ya algunos meses.

— ¿Su hermano? —se extrañó Baxter.

—Sí, al menos, eso es lo que me dijo. Era un hombre de unos cuarenta años, fornido, de cara poco agradable... Tuve que pedirle que tirase el cigarro que parecía pegado a su boca...

«Catheby», pensó el joven instantáneamente. Sonrió.

—Mil gracias, doctor —se despidió.

Poco más tarde, estaba hablando con Diana.

—Tiene que decirme una cosa —manifestó—. Me imagino que no le resultará fácil, pero debe esforzarse por ser valerosa.

—Lo procuraré —contestó ella—, ¿De qué se trata?

—Es algo referente al día del entierro...

Baxter habló durante unos minutos. Al terminar, Diana pareció concentrarse en sus pensamientos.

—Sí, ahora lo recuerdo —dijo—. El ataúd se extravió durante unos minutos. Fue en el coche fúnebre..., pero el conductor, por lo que dijo más tarde, creía que el entierro se efectuaba en otra sección del cementerio. Yo tuve que aguardar casi media hora...

Una extraña sonrisa apareció en los labios de Baxter.

—Sí, coincide —dijo.

—Budd, ¿qué es lo que sucede? ¿Por qué me hace esta clase de preguntas? —exclamó ella, muy inquieta.

—Durante esa media hora, alguien estuvo registrando el ataúd de su padre.

— ¡Oh no...!

—Y como no encontró lo que buscaba, envió a alguien a registrar su casa.

—Pero ¿qué buscaban?

—Medio millón, que su padre había reunido en billetes de Banco y que, seguramente, le quería dejar a usted, porque sabía que iba a morir.

Diana se puso una mano en la boca.

—Pero eso es horrible... El nunca me dijo nada...

—El doctor Curliz, tal como me informaron, tenía un excelente ojo clínico y envió a su padre a un buen especialista, quien hizo un diagnóstico harto pesimista. Por eso, su padre, sabiendo que sólo tenía

unos pocos meses de vida por delante, escondió el medio millón en alguna parte, en lugar de gastárselo alegremente en las carreras de caballos.

—Pero ¿no habíamos quedado en que fue asesinado?

—Ciertamente, y ése es otro enigma que hemos de averiguar, lo mismo que las muertes de Curliz y de Creed. Pero, en cierto modo, es un asunto secundario. Lo que importa, ahora, es averiguar el sitio en donde hay medio millón de dólares en billetes de Banco.

—Ese dinero no es mío, no lo quiero —declaró ella, con visible repugnancia.

—En parte, sí es suyo, porque su padre estafó a unos hampones. En su lugar, yo dejaría los remilgos a un lado..., y devolvería el dinero a quienes actuaron de buena fe.

Pero un par de ellos no se merecen la menor consideración, créame.

Baxter consultó su reloj y se puso en pie.

—Siga hospedada en este hotel —recomendó—. Creo que la solución no se puede demorar más de un día o dos.

Desde la puerta, miró a la muchacha y sonrió.

—Pronto podrá volver a sus alumnos —dijo—. Si quiere que le sea sincero, me gustaría tener veinte años menos, para poder presumir de profesora guapa.

Diana se sonrojó vivamente.

—Podemos discutir la cuestión cuando todo esté concluido —sugirió.

—Tal vez —se despidió Baxter.

De allí se encaminó al Waldorf. En la grabadora de su teléfono había una llamada de Nellie. La joven quería verle con cierta urgencia, aunque no había añadido más detalles.

Cuando entró en el anchuroso vestíbulo del hotel, vio a una mujer joven, elegantemente vestida, que se dirigía a recepción. Al fondo divisó a Nellie, acompañada de un sujeto que dejaba tras sí una estela de humo azulado.

Baxter se envaró. ¿Qué diablos hacía Nellie con Catheby?, se preguntó.

Nellie parecía muy enojada, aunque Catheby no hacía caso de sus protestas. La pareja entró en el ascensor y desapareció de su vista.

Durante unos segundos, Baxter permaneció irresoluto. ¿Era seguro que el hombre a quien acababa de ver con Nellie, era Catheby?

De pronto, oyó una voz a su izquierda:

—Bien venida, señorita Stoddard. ¿Quiere que avise a su hermana?

— ¿Qué hermana? —contestó la mujer—. Yo no tengo ninguna hermana.

—Perdón, señorita —dijo el encargado de recepción, hecho un lío—. He visto su firma en el libro y pensé… Usted ha escrito N. Stoddard…

— ¡Claro! ¿Qué iba a escribir, Marilyn Monroe?

Entonces, Baxter se acercó a la recién llegada.

—Perdón, señorita —dijo, cortés—. Usted se apellida Stoddard…

—Desde que nací —contestó la interpelada, secamente.

—Norma Stoddard, tal vez.

—Nada de eso. Nellie Stoddard es mi nombre auténtico. ¿Es usted policía? Baxter lanzó una mirada al aturdido recepcionista.

—No haga nada, amigo —indicó—. Por favor, señorita Stoddard, ¿quiere hablar a solas conmigo, unos instantes?

La forastera accedió, tras una ligera vacilación.

—Está bien, pero sea breve. Tengo ganas de subir a mi habitación y darme un baño. Vengo cansada del viaje…

—Seré breve, en efecto.

Cinco minutos después, la recién llegada estaba enterada de todo lo sucedido. Baxter apreció en sus ojos un brillo de furia, difícilmente contenido.

—Tiene que ser ella, no puede ser otra —dijo la auténtica Nellie Stoddard—. Hace tres años, la tuvimos en casa, atendiendo a mi madre, que convalecía de una caída en la que se rompió una cadera. Después se despidió y ya no hemos vuelto a saber de ella…

Baxter estudió el rostro de la joven. Nellie Stoddard no era, precisamente, una belleza, pero sí resultaba bastante atractiva.

—Eso explica muchas cosas —dijo.

—Pero yo ignoro la mayoría de ellas —protestó Nellie.

—Ahora podremos tener la confirmación de todo lo ocurrido —aseguró Baxter—,

¿Quiere acompañarme, por favor?

—Será un placer, créame.

Nellie se sentía bastante furiosa y era lógico. Tomándola del brazo, Baxter la condujo hasta uno de los ascensores. Momentos después, salían del ascensor en el piso donde se hallaba la *suite* ocupada por la impostora.

—Aquí es —dijo Baxter, al hallarse ante la puerta, Nellie alargó la mano, pero Baxter contuvo su gesto.

— ¡Cuidado! —avisó—. Yo iré primero; ella tiene un «cuarenta y cinco». Del bisabuelo Stoddard, según dijo.

Baxter abrió lentamente. En la sala que había en primer lugar se advertía un silencio absoluto.

Era extraño, pensó. La impostora y Catheby debían de estar discutiendo y no precisamente como buenos amigos.

De súbito vio unos pies que asomaban al otro lado de un diván.

—Quieta, señorita Stoddard —dijo, a media voz.

Avanzó unos pasos más. Sí, era Catheby y tenía en el pecho un sangriento orificio.

La impostora no se hallaba en la *suite*. Amargamente, Baxter pensó que había tenido tiempo más que suficiente para disparar contra Catheby, salir de la habitación y, casi seguramente, bajar en otro ascensor, al mismo tiempo que ellos subían.

— ¡Un asesinato! —exclamó Nellie.

—Cuando los peritos examinen el proyectil, verán que salió de un arma que ha causado ya la muerte a tres personas más —dijo Baxter.

—Pero... esa mujer es una obsesa...

—Obsesa por medio millón, señorita Stoddard. Por favor, no toque nada; hay que avisar a la policía, aunque, de todas formas, no me gustaría que me encontrasen aquí.

—Tampoco a mí —dijo Nellie—. No es que me asuste el escándalo, pero prefiero evitarlo, si me es posible.

El pulgar de Baxter se movía arriba y abajo en su mejilla izquierda. Nellie le miró interesadamente.

—Apostaría algo bueno a que está pensando en el sitio adonde ha podido dirigirse esa impostora —exclamó.

—Y ganaría, sin dudas —sonrió Baxter. De pronto, chasqueó los dedos.

— ¡Creo que ya lo sé! —exclamó.

—Eso es interesante —murmuró Nellie.

Baxter se encaminó hacia la puerta. Nellie le siguió a la carrera.

— ¡Oiga, no me deje sola! —pidió.

—Es que...

—Señor Baxter, esa mujer ha estado usurpando mi personalidad durante un montón de días. También yo tengo cierto interés en el caso, ¿no le parece?

Baxter miró un instante a la joven y sonrió.

—Está bien —cedió, al cabo—. Pero no olvide, ni por un instante, que la impostora es tan peligrosa como una serpiente de cascabel a la que un caminante descuidado acaba de pisarle la punta de la cola.

Nellie abrió su bolso y sacó un revólver de considerables dimensiones.

— ¡Este sí es el auténtico «Colt» de mi bisabuelo! —exclamó. Baxter elevó los ojos al cielo.

— ¡Aquí me gustaría ver a las del Women's Lib y demás congéneres! —gruñó.

CAPÍTULO VII

El coche se detuvo a cierta distancia del edificio. Baxter se apeó a la vez que lo hacía

Nellie, quien arrugó la nariz al ver el aspecto poco agradable de los edificios.

—Un panorama deprimente —dijo.

—Propio de estos barrios —contestó Baxter—, Vamos.

Las luces se habían encendido ya, Baxter y Nellie entraron en la casa. Momentos después, se detenían ante una puerta en la que todavía estaba la placa del doctor Curliz.

—No haga ruido —aconsejó él, con un susurro, a la vez que hacía girar el pomo de la puerta.

Empujó lentamente, poco a poco. Había luz en el interior de la casa y, al fondo, se oían ligeros ruidos. Nellie entró después que Baxter y ambos se detuvieron en lo que había sido sala de espera para los pacientes del médico asesinado.

De pronto, se abrió la puerta del despacho. Una mujer apareció en el umbral y se detuvo en seco al ver a los dos visitantes.

— ¡Hola, Emma Drove! —saludó Baxter.

La falsa Nellie Stoddard se puso rígida. Su mano izquierda se crispó en torno a la correa del bolso en que solía llevar el «Colt» 45. En la derecha llevaba una maleta pequeña y un tanto desvencijada.

—Ahí van los quinientos mil dólares que Culver escondió en casa de su buen amigo, el doctor Curliz —añadió Baxter—. ¿Tardaste mucho en adivinar el escondite?

—Un poco —admitió Emma, con voz inexpresiva.

—Estás muy cambiada desde hace algunos meses, cuando te enteraste de que Culver estaba irremisiblemente sentenciado y. seguramente escuchando tras la puerta, supiste sus propósitos de dejar medio millón a su hija. Seguramente, también aguardaste a que Culver hubiese dado su golpe, con la ayuda de Haddock, ¿no es cierto?

—Era un buen plan, me parece.

—Para ti, desde luego, y empezaste a poner el tuyo en práctica, al dejar el empleo y mudarte de barrio, iniciando una transformación gradual en tu aspecto. Dijiste que ibas a tomarte unas vacaciones y que luego ibas a trabajar en un hospital de lujo. Más tarde, en lugar de las gafas que usabas habitualmente, te pusiste lentillas de contacto. De este modo, resultas totalmente irreconocible…, sobre todo, si usas un

falso acento tejano y te haces pasar por una chica multimillonaria, a la que no le importa el dinero en absoluto. ¿Lo hiciste para impresionar a Catheby o para impresionarme a mí, con la escena del cementerio?

—No sé para qué necesitas tantas explicaciones. Puedo darte la mitad de lo que contiene la maleta...

—Eso es lo que se dice siempre, en ocasiones semejantes, Pero ahora, Emma Drove, te encuentras en una difícil situación.

—Lo dudo mucho...

—Hemos encontrado muerto a Catheby, Yo te vi entrar con él, en el Waldorf.

—Nadie puede probar...

—Solías enseñar mucho el «cuarenta y cinco», pero, en realidad, utilizabas el «treinta y ocho» de cañón corto y con silenciador. Haddock fue tu primera víctima, cuando, seguramente, te dijo que ignoraba dónde estaba el dinero. No querías que te comprometiese posteriormente y le disparaste un tiro.

»Lo mismo le pasó a Curliz, quien debía de ignorar que la maleta que le había confiado su buen amigo Alfred Culver contenía medio millón de dólares. Curliz debió de adivinar tu plan y lo eliminaste de otro disparo, porque, además, podía ponerte en un compromiso, ya que sabía que habías asesinado a Culver, tapándole la cara con una almohada. Eres fuerte y hasta pudiera ser que le propinases un ligero narcótico que facilitase tu tarea. Lo que, sin embargo, no acabo de comprender, es por qué tuviste que matar a Creed.

En los labios de Emma apareció una sonrisa burlona.

—Era un tipo listo y adivinó muy pronto mi comedia. Quiso una participación en el botín y me amenazó con delatar mi verdadera personalidad. Fue al Waldorf en una ocasión, me supo reconocer y presintió cuál era mi plan, porque sabía de mis relaciones profesionales con Curliz. No tuve otro remedio que eliminarle.

—Sí, y te mostrabas un tanto esquiva conmigo, cuando quise saber los verdaderos motivos por los que tenías tanto interés en recuperar ciento cincuenta mil dólares..., claro que era una estafa inexistente, porque Culver jamás estuvo en Dallas. ¿Me equivoco, Nellie?

—Nunca conocí a ese tipo —declaró la interpelada.

—Tú buscabas desesperadamente ese dinero, Emma —continuó Baxter—. Tenías algunos ahorros y habías invertido ese dinero en una operación que podía darte a ganar medio millón. Incluso te pusiste en contacto con Catheby, ¿no es cierto?

Emma sonrió despectivamente.

—Había llegado a dominarle —contestó.

—Eso explica muchas cosas —dijo el joven—. Los tipos que me atacaron, en más de una ocasión, seguían tus instrucciones en lugar de

obedecer a Catheby. Pero éste, seguramente, decidió cortar por lo sano, lo cual introducía una nota de riesgo en tus planes. Una muerte más, poco podía importar, ¿no es cierto?

—Tengo aquí medio millón, Budd —dijo Emma, con voz tensa —. El cincuenta por ciento puede ser para ti.

— ¿A cambio de...?

—A cambio de que me dejes sacar el revólver, con silenciador, que tengo en el bolso.

—Para matar a Nellie, ¿no es cierto?

—A ella no le impresiona en absoluto un cuarto de millón.

—Si te dejo sacar el revólver, dispararás contra mí también.

Los labios de Emma se contrajeron. Aún seguía en la misma postura: la maleta con el dinero en una mano y la otra cerrada en tomo a la correa del bolso. Si dejaba la maleta en el suelo, Baxter saltaría hacia ella, impidiéndole sacar el arma.

—Prometo que te respetaré la vida —dijo.

—Deja el bolso en el suelo —ordenó Baxter.

—No.

Hubo un instante de silencio. De súbito, Baxter apreció una chispa de triunfo en los ojos de Emma,

Velozmente, se echó a un lado, en el mismo instante en que alguien lanzaba un cuchillo. El arma relampagueó, una fracción de segundo, antes de enterrarse en el pecho de Emma.

Nellie lanzó un chillido de horror. Emma gimió. Soltó la maleta y el bolso y se llevó ambas manos al mango del cuchillo.

Mientras, Baxter giraba en redondo. Johnny Hoo, desconcertado por el fallo, permanecía como petrificado. Pero, de pronto, alzó la mano derecha y trató de alcanzar a Baxter en la frente, con el filo.

Baxter elevó el brazo izquierdo y desvió el golpe. Avanzó la mano, con los dedos rígidos, y golpeó el costado de su adversario.

Hoo se quedó sin respiración. Antes de que pudiera recuperarse, Baxter ejecutó un fulgurante *Tate hiji ate,* el golpe del codo contra la mandíbula. Hoo puso los ojos en blanco y se desplomó sin sentido.

Baxter volvió a girar. Emma yacía en el suelo, con la cabeza doblada a un lado. Nellie se había puesto las manos ante los ojos, para no contemplar aquella horrible escena.

Hubo un instante de silencio. Luego, Baxter se acercó al teléfono.

Esperaba que funcionase. Si Emma, simulando ser un inexistente hermano del doctor Curliz, había pagado el alquiler del piso, habría pagado igualmente la cuota del teléfono.

Había línea, advirtió, con gran alivio. Unos segundos más tarde, la policía estaba enterada de lo sucedido.

* * *

—De modo que eso es todo —dijo Denis Gray, cuantío Baxter le relató el final de la historia.

—En efecto, así es.

—Has estado gastando dinero a mansalva,..

— ¡Tacaño! Nicholson me ha pagado doce mil quinientos dólares y Marylou Watson, que ha recuperado sus ochenta mil, dieciséis mil.

Gray blandió un libro.

—Sí, pero aquí veo un cheque de veinticinco mil a nombre de Diana Culver —rugió.

— ¡Pobre chica! —dijo Baxter—, Se va a casar... Aun así, sobra algún dinero, me parece.

Gray remoloneó un poco,

—Te crees un caballero andante en pleno siglo XX.

—Diana merecía que alguien la ayudase, creo.

—Si tú no hubieses metido las narices en el asunto ella se habría vuelto a su colegio, sin más, y nadie la habría molestado.

—Sí, pero su padre había sido asesinado. Aparte.de eso, ¿te gustaría que alguien escupiese, un día, sobre tu sepultura?

— ¡No digas tonterías! Eso es de muy mal gusto...

—Por eso me decidí a intervenir, porque no me gustó aquel funeral por un supuesto canalla..., porque, en realidad, algunos de los que escupieron sí eran verdaderos canallas.

Baxter apagó el televisor y salió del cuarto de comunicaciones. Entonces vio a Koye que saltaba hacia él, con el pie derecho dirigido a su mandíbula, al mismo tiempo que lanzaba un penetrante grito:

— *¡Kiai!*

Baxter elevó ambas manos en el aire y golpeó hacia arriba, con el resultado de que Koye dio una voltereta completa en el aire. Al caer, Koye lo hizo de píe, pero, en lugar de volverse para continuar la fingida pelea, se inclinó profundamente.

—Bien venida, señorita —saludó.

—¡Nellie! —exclamó Baxter.

La joven de Texas parecía estupefacta.

— ¿Necesitas mi revólver? —preguntó. Baxter hizo un gesto negativo.

—Mi criado y yo nos entrenábamos, simplemente —contestó—. Nellie, te presento a

Tim Koye. Tim, la auténtica señorita Stoddard.

Koye estudió a la visitante durante unos breves segundos y sonrió.

—Sí, la auténtica —dijo, al cabo—. Se nota la clase; eso es algo

que se advierte de inmediato.

Halagada, Nellie sonrió.

—Gracias, Tim —dijo—, ¿Quieres venir conmigo? Koye movió el brazo izquierdo.

—Dígale eso al señor —contestó, malicioso.

—Yo sólo quería contratarte... —Nellie se echó a reír—. ¡Oh, ya comprendo! —Miró a Baxter—, Has conseguido limpiar mi nombre de un asunto sucio y desagradable.

¿Cómo podría pagártelo?

Baxter se rascó la mejilla, un momento.

—Bueno..., puedes invitarme a cenar...

— ¡Hecho!

—...en tu *suite*...

— ¡De acuerdo!

—Con luz de velas y champaña...

— ¡Sí!

Koye tosió discretamente. Baxter se volvió hacia él.

—Dime, Tim.

—Con el permiso del señor... Si el señor me lo permite, les ahorraré el esfuerzo de viajar hasta el Waldorf...

Koye descorrió la puerta que daba al comedor íntimo, en el *qué* ya se veía la mesa puesta y las velas encendidas.

—Cena fría, champaña y velas —dijo—. Yo, con el permiso del señor, iré a visitar a mi tía Susie, que está muy enfermita la pobre...

Baxter y Nellie quedaron a solas.

—Ese criado es una joya —dijo ella.

—Sin precio. —Baxter avanzó hacia la visitante—. Pero me parece que tú vales más. Y voy a demostrártelo muy pronto.

—Estoy ansiosa por conocer la forma en que vas a hacerme esa demostración — suspiró Nellie, sin oponer la menor resistencia a que los brazos de Baxter rodeasen su cintura.

F I N

BRIGITTE «BABY» MONTFORT

la mundialmente famosa agente conocida como la espía -Baby», surgida de la fecunda pluma de

L O U C A R R I G A N

¡¡LOS HOMBRES SÓLO VEÍAN EN ELLA A LA MUJER DESEABLE! ¡LORENA DEFENDÍA SU VIRTUD, PERO A LA VEZ ANSIABA SER AMADA! ¡TODO SU CUERPO PEDÍA AMOR!



LEA TODAS LAS SEMANAS LOS APASIONANTES FASCÍCULOS QUE PUBLICA EDITORIAL BRUGUERA, CON ABUNDANTES FOTOGRAFÍAS.

"LORENA"

UNA SERIE ESCRITA POR CORÍN TELLADO
ESCUCHEN SU VERSIÓN RADIOFÓNICA TODAS LAS TARDES, DE LUNES A VIERNES, POR LAS 65 EMISORAS DE REM-CAR Y CES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.